

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 1: Cristianismo Credal

Greg Uttinger
9 de Julio, 2002

Tomad con vosotros palabras, y volveos al Señor. Decidle: Quita toda iniquidad, y acéptanos bondadosamente, para que podamos presentar el fruto de nuestros labios. (Oseas 14:2).

Palabras, Palabras, Palabras

El Cristianismo es una religión de palabras. Dios usó palabras para crear y ordenar el universo (*Gén. 1*). Dios usó palabras para comunicarse con Adán. Él puso Sus palabras en las bocas de los profetas (*2 Sam. 23:2; Jer. 1:9*). En el Nuevo Testamento, el Cristo levantado le habló a Saulo de Tarso con palabras – palabras Arameas que usaban la gramática y la sintaxis normal del Arameo (*Hch. 26:14*). La Biblia misma es un libro de palabras.

Debido a que el hombre es la imagen de Dios, él también utiliza palabras. Usa palabras para comunicar información acerca de sí mismo, sobre su mundo y sobre Dios. El hombre es pecaminoso y falible, de manera que sus palabras pueden ser acertadas o incorrectas, verdaderas o falsas. Si un hombre habla acerca de Dios y sus palabras describen a Dios como Él es, entonces sus palabras son verdaderas. Aquellos que creen las palabras están en lo correcto en sus creencias; aquellos que rechacen las palabras están equivocados. Si aquellos que creen las palabras verdaderas las escriben, entonces han compuesto un credo.

La Confesión por Medio de los Credos

La palabra Latina *credo* significa, “Yo creo.” Un credo es una declaración de fe. Todos creen algo, y por lo tanto todos tienen un credo – al menos en principio. Algunos credos no se hallan en forma escrita, pero no por eso son menos poderosos. Muchos grupos religiosos que afirman no tener credos en realidad tienen credos no escritos muy rigurosos. La iglesia de Jesucristo, por otro lado, tiene una larga historia de poner por escrito lo que cree.

Uno de los primeros credos de la iglesia fue, “Jesús es Señor” (*Rom. 10:9-10; 1 Cor. 12:3*) – corto y directo al punto. En contra del Judaísmo esta confesión identificaba a Jesús de Nazareth como Jehová, el eterno Señor de los Ejércitos. En contra de la fe del Imperio Romano, esta confesión declaraba que Jesús es el verdadero Emperador del mundo, la fuente de toda autoridad y ley. Este credo hacía lo que todos los buenos credos deberían hacer: trazaba una línea clara entre la fe y sus enemigos. Siglos más tarde, el Credo de los Apóstoles trazó exactamente tal línea entre la fe verdadera y el Gnosticismo, y el Credo Niceno hizo lo mismo con respecto al racionalismo Arriano. Claro, los Gnósticos y los Arrianos no estaban felices con los credos. Aquellos que son el blanco de los credos raramente lo están. Generalmente los denuncian como antibíblicos, racionalistas y faltos de amor.

Palabras vs. Misticismo

Sin embargo, algunos enemigos de la fe se oponen a los credos de la iglesia, no tanto por lo que dicen, sino porque, de cualquier manera, dicen algo. El místico, por ejemplo, encuentra los credos sumamente ofensivos. Él quiere extenderse y tocar el rostro del Infinito. Él quiere una experiencia inmediata de Dios, quienquiera que sea él, ella o ello. Pero el místico no tiene el deseo de escuchar palabras que provengan de Dios o palabras acerca de Dios. Las palabras limitarían su libertad de pensamiento y experiencia; ellas harían demandas sobre su voluntad; le cerrarían el paso a perspectivas y creencias que él no ha creado. Las palabras que provengan de Dios significarían que existe una realidad fija “allá afuera” a la cual su mente y voluntad deben conformarse. El místico usa palabras porque debe hacerlo. Puede permitirles a las palabras que ocupen un lugar como pistas o trampolines hacia la verdad. Incluso puede deleitarse en su propio parloteo acerca de sus encuentros espirituales. Pero no puede aceptar las palabras como descripciones precisas de la verdad. La verdad, para él, debe ser mayor que cualquier palabra. Por lo tanto, el místico no puede tolerar los credos. Él ve en ellos la muerte de la verdad – esto es, la muerte de su libertad para disfrutar sus experiencias y etiquetarlas como DIOS.

Obviamente el Cristianismo no es misticismo, aunque existe dentro de él aquello que es místico o misterioso. El Cristianismo insiste en las palabras, e insiste en que las palabras significan lo que dicen. Cuando la Escritura dice que el Arca del Pacto tenía dos codos y medio de longitud, significa que el Arca era de dos codos y medio de longitud (*Éxodo 25:10*). Cuando dice que el SEÑOR hizo los cielos y la tierra en seis días, significa que hizo los cielos y la tierra en seis días (*Éxo. 20:11*). Y cuando dice que Cristo se levantó otra vez el tercer día, significa que en el tercer día Cristo dejó de estar muerto (*1 Cor. 15:4*). Las proposiciones de la Escritura conllevan significado; nos dicen cosas verdaderas con respecto a la realidad. Nos dicen cosas verdaderas acerca del Dios viviente. Los Atenienses podían estar contentos con un Dios no conocido y no conocible, pero Pablo estaba listo para declararles ese Dios a ellos (*Hch. 17:23*): él describiría a su Dios desconocido con palabras humanas.

Las Palabras del Hombre

Por extraño que parezca algunos han argumentado que solamente podemos usar las propias palabras de Dios cuando hablamos acerca de la fe. Palabras como “Trinidad” y “Encarnación” deben dar paso a la recitación de textos relevantes. Al principio esto puede sonar razonable y reverente. ¿Quién quiere las palabras del hombre cuando tenemos las de Dios? ¿Quién quiere inyectar términos de hechura humana en una discusión sobre la Deidad eterna? Pero piense un poco. Cuando alguien dice, “No uses las palabras del hombre,” no debemos responder, “Entonces, por favor, quédate en silencio: acabas de usar palabras del hombre – de hecho las tuyas propias – y según tu propia regla no podemos escucharte”? Cualquiera que hable sobre el tema de la Escritura usa sus propias palabras: eso es lo que significa discusión. La alternativa sería que recitáramos las palabras de la Escritura de acá para allá los unos a los otros sin explicación o comentario. La teología descendería al nivel de la palabra mágica: no se le permitiría al teólogo hacer nada sino entonar las sílabas sagradas con precisión supersticiosa; cualquier comentario o

pensamiento acerca del significado o aplicación sería un sacrilegio, una distorsión de la auto-revelación de Dios. Esta clase de tontería pertenece a las religiones ocultistas, no al Cristianismo Bíblico.

Debido a que las palabras de Dios sí nos dicen la verdad, debido a que ellas comunican precisamente la manera en que son las cosas, su mensaje **puede** ser replanteado en palabras diferentes. “La Palabra se hizo carne” y “El eterno Hijo de Dios... tomó para Sí mismo la misma naturaleza del hombre” son ambas descripciones precisas de la Encarnación. La primera oración es de la Escritura; la segunda viene del Catecismo de Heidelberg. Ambas dicen la verdad con respecto al mismo acto divino. Si una cosa es verdad, entonces son verdaderas todas aquellas palabras que lo reporten adecuadamente, y deberíamos creerlas. Es irrelevante quién dijo primero las palabras. El asunto es simplemente, ¿Son verdaderas las palabras?

Además, Dios ha colocado palabras humanas en la iglesia. Él ha establecido un ministerio de predicación (*Efe. 4:11-16; 1 Cor. 1:21*). El ministro del evangelio resume y explica las palabras de Dios usando las propias. Esto es lo que Dios le ha encomendado hacer (*1 Tim. 4:6, 11, 13-16; 2 Tim. 4:1-4*). Las palabras del pastor son humanas y no son inspiradas, no obstante él habla con autoridad y con aprobación divina. Sí, puede errar. Y los credos pueden errar. Pero los pastores y los credos erróneos no hacen a un lado el oficio del pastor o la legitimidad de los credos.

Autoridad

Como los pastores y los maestros piadosos, los credos nos confrontan con la palabra de Dios. Sin embargo, un pastor es un hombre. Los credos provienen de docenas o de cientos de hombres piadosos y han recibido la aprobación de miles y miles más. En otras palabras, en los credos tenemos cientos de miles de pastores y maestros piadosos declarándonos las palabras de Dios. ¿Vamos a ignorar a estos hombres debido a que son humanos? ¿O no recordaremos que la misma Biblia que nos habla tan claramente hoy ha hablado con igual claridad a los santos del pasado? (*1 Cor. 14:36; Jer. 6:16*). Pablo llama a la iglesia, “columna y baluarte de la verdad” (*1 Tim. 3:15*). ¿De quién será el entendimiento de la Escritura en el que creeremos, en el de la iglesia o en el del innovador religioso o el del cultista?

Palabras Fijas

Tradicionalmente, la iglesia ha utilizado sus credos en la adoración como un medio para confesar a Cristo y jurarle lealtad pactal. Hoy muchos Cristianos se hallan incómodos con esta práctica. Ellos creen que solamente aquellas palabras que provienen inmediatamente del corazón de uno pueden ser agradables a Dios. La espontaneidad se iguala con la sinceridad; la repetición de palabras escritas por hombres muertos deben producir una formalidad fría y vacía.

Sin embargo, Dios le dio a Israel un conjunto de liturgia más bien extensa para su adoración en la fiesta de las Primicias (*Deut. 26:3-11*). Él les dijo a los hombres de Israel, “Digan estas palabras,” no, “Digan algo que vaya más o menos según estas líneas.” Todo el libro de

los Salmos es una colección de oraciones fijas diseñadas para ser repetidas o cantadas. (Si vamos a eso, todas las canciones implican palabras fijadas por alguien más.) En el Nuevo Testamento, Jesús compuso una oración y no dijo simplemente, “Por lo tanto, oren según esta manera,” sino también, “Cuando oréis, **decid...**” (*Lucas 11:2*). No hay nada en la Escritura que diga que todas las palabras que hablamos ante Dios deban ser espontáneas u originales para nosotros. Por cierto, la oración espontánea puede ser algo bueno, especialmente en devociones privadas o situaciones de emergencia. La oración de Pedro “Señor, sálvame” es aquí el ejemplo clásico (*Mat. 14:30*). Pero cuando estamos en la presencia de Dios en la adoración formal necesitamos cuidar nuestras bocas (*Ecl. 5:1-3*). Hay mucho que decir con respecto a palabras que han sido cuidadosamente pensadas.¹ El asunto, una vez más, no es quién las dijo primero, sino si se refieren o no a lo que queremos decir ahora. Las palabras espontáneas pueden reflejar nuestra pasión y entusiasmo; también pueden reflejar nuestra imprudencia e ignorancia con respecto a la sana doctrina. En el último de los casos limitan el número de personas que oran o confiesan al mismo tiempo que uno lo hace. Las palabras fijas de los credos antiguos permiten a los santos confesar su fe en Cristo con precisión y al unísono.

Conclusión

Los credos son inevitables. El hombre que dice, “Yo creo...” y luego termina la oración ha expresado un credo. “No creo en credos” es un credo. “No un credo sino Cristo” es un credo. El asunto nunca es credos vs. no credos; el asunto siempre es, ¿El credo de quién? Los Cristianos, para ser Cristianos, deben confesar a Cristo. Y aunque a veces ciertamente debemos hacer esa confesión en palabras que reflejen nuestras circunstancias corrientes, sin embargo, hay un gran valor en confesar a Cristo en palabras marcadas por la edad – palabras que son propiedad de la iglesia universal y que pertenecen no meramente a nuestro tiempo, sino a todos los tiempos.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

¹ Una vez le pedí a los muchachos jóvenes de mi clase que compusieran unos votos matrimoniales no tradicionales de su propia invención. Solo uno tuvo éxito. Apareció con algo más o menos así, “Hey, cariño, tú... yo... eeeeh.” Las damitas jóvenes de mi clase no estaban impresionadas.

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 2: El Credo de los Apóstoles

Greg Uttinger
24 de Julio, 2002

Cristianismo, Historia y Materia

Como el Cristianismo es una religión de palabras, también es una religión de historia y materia. La Escritura comienza con la creación del universo temporal y material: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (*Gén. 1:1*). Dios creó al hombre para que funcionara en un ambiente material y temporal (*Gén. 1:2ss; 2:7, 15*).

Aún así, Dios declaró que Su creación era “muy buena” (*Gén. 1:31*). La creación no era defectuosa porque estuviese compuesta de materia o porque se moviera y cambiara en el tiempo. El hombre no era pecaminoso porque era humano o porque su cuerpo fuera de carne. El pecado comenzó en el corazón del hombre cuando escogió rechazar la palabra de Dios desobedeciendo así Su mandamiento (*Gén. 3:1-7*). El pecado proviene del corazón, no del cuerpo, del ser interior del hombre, de su medio ambiente (*Marcos 7:14-23*).

Así pues, para el Cristianismo la salvación es redención del pecado y sus efectos: su meta es “la restitución de todas las cosas” (*Hch. 3:21; cf. Rom. 8:18-23*). Toda otra religión¹ invita al hombre a dar un paso *fuera* de la historia y de la creación *hacia* algo más – el espíritu puro, la no-existencia, la condición de dios; la religión Cristiana dice que Dios ha dado un paso *dentro* de la historia para redimir y restaurar Su creación.

La Biblia no solamente inicia con la historia; es en sí misma un libro de historia. Describe los actos pactales de Dios en la historia desde la creación hasta la venida de Cristo. Nos da genealogías y cronologías. Habla acerca de geografía real y fechas de calendario. Llega como biografía y autobiografía. Incluso las cartas doctrinales de los apóstoles fueron escritas a iglesias históricas para llenar necesidades reales y específicas, y esas cartas, en todos los puntos, asumen un Cristo histórico. De hecho, cuando Pablo resume el mensaje del evangelio, escribió acerca del Cristo de la historia:

Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez... (*1 Cor. 15:3-6a*).

Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria (*1 Tim. 3:16*).

¹ Excepto, claro está, las religiones seculares como el Marxismo. Pero incluso aquí el hombre es invitado a trascender el flujo ordinario de la historia y a asumir un lugar de señorío sobre la historia.

Una Confesión Histórica Trinitaria

“Dios fue manifestado en carne.” El Cristo de la historia también es el eterno Hijo de Dios. La fe Cristiana es Trinitaria lo mismo que histórica, y cualquier confesión de Cristo debe ser ambas cosas, al menos implícitamente. Jesús mandó a Sus discípulos a que bautizaran a los creyentes “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (*Mat. 28:19*). Entonces, era bastante natural para los oficiales de la iglesia primitiva preguntarles a las candidatos para el bautismo preguntas como: “¿Crees en Dios el Padre? ¿Crees en Jesucristo, el Hijo de Dios? ¿Crees en el Espíritu Santo?” En realidad tenemos un conjunto tal de preguntas de alrededor del año 215 D.C:

¿Crees en Dios el Padre quien lo gobierna todo?

¿Crees en Cristo Jesús, el Hijo de Dios, quien fue concebido por el Espíritu Santo de la Virgen María, quien fue crucificado bajo Poncio Pilato, y murió (y fue sepultado) y se levantó al tercer día de entre los muertos, y ascendió a los cielos, y se sentó a la diestra del Padre, y que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?

¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia y (en la resurrección de los muertos)?²

En esta fecha temprana las preguntas Trinitarias ya se habían vuelto más detalladas, particularmente la segunda. Y el material que fue añadido consistía de los mismos detalles históricos que Pablo y los otros Apóstoles colocaron en el corazón del evangelio: la encarnación, la crucifixión, la sepultura, la resurrección y la ascensión.

La Norma de Fe

Sin embargo, incluso más temprano, los Padres de la Iglesia hablaban de una Norma de Fe, un sumario de aquellas cosas que los Cristianos deben creer con certeza. Los Padres siguieron en los pasos de los Apóstoles, reconociendo que ciertos eventos históricos se hallaban en el corazón del Cristianismo Bíblico. Las palabras de la Norma todavía no eran fijas, pero el contenido era bastante consistente de escritor a escritor. Ignacio de Antioquía anticipa la Norma, escribiendo alrededor del 107 D.C:

Detén tus oídos, por tanto, cuando alguno te hable con desacuerdo de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien era Jesús el Cristo, quien descendía de David, y también lo era de María; quien nació verdaderamente, y comió y bebió. Fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato; fue verdaderamente crucificado y [verdaderamente] muerto, a la vista de los seres en el cielo y en la tierra y bajo la tierra. Él también fue verdaderamente levantado de los muertos, siendo Su Padre quien le dio vida, incluso según la misma manera en que Su Padre levantará a aquellos que creen en Él por Cristo Jesús, aparte de quien no poseemos la vida verdadera.³

² “El Credo Interrogatorio de Hipólito” en John H. Leith, *Credos de la Iglesia* (Atlanta: John Knox Press, 1982), 23.

³ “La Epístola de Ignacio a los Tralianos” (versión corta) en Alexander Roberts y James Donaldson, editores, *Los Padres Ante-Nicenos*, Vol. I (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, reimpresión 1987), 69.

Alrededor del año 180 D.C. los presbíteros de Esmirna hablaron de “lo que ha sido traspasado.”

También conocemos en verdad a un Dios, conocemos a Cristo, conocemos al Hijo, sufriendo como sufrió, muriendo como murió, y levantado al tercer día, y morando a la mano derecha del Padre, y viniendo a juzgar a los vivos y a los muertos. Y al decir esto decimos lo que nos ha sido traspasado.⁴

Ireneo (aprox. 180 D.C.) formuló la Norma de Fe de tres diferentes maneras. He aquí la segunda.

Muchas naciones barbáricas dan su asentimiento a este orden... creyendo en el único Dios, Creador del cielo y la tierra, y de todo lo que hay en ellos, por medio de Cristo Jesús el Hijo de Dios; quien, por su asombroso amor hacia sus criaturas, sufrió el nacimiento de la Virgen, uniendo Él mismo su humanidad a Dios, y padeció bajo Poncio Pilato, y se levantó otra vez, y fue recibido en gloria, y vendrá en gloria, el Salvador de aquellos que son salvos, y el juez de aquellos que son juzgados; y enviando al fuego eterno a los que pervierten la verdad y desprecian a Su Padre en su advenimiento.⁵

Tertuliano (aprox. 200 D.C.) de igual forma registra tres formas de la Norma. Esta es la primera.

La Norma de Fe es absolutamente una, única, inamovible e irreformable – a saber, creer en un Dios Todopoderoso, el Creador del mundo; y en Su Hijo, Jesucristo, nacido de la Virgen María, crucificado bajo Poncio Pilato, al tercer día se levantó otra vez de entre los muertos, recibido en los cielos, sentado ahora a la diestra del Padre, que viene a juzgar a los vivos y a los muertos, también por medio de la resurrección de la carne.⁶

La tercera forma de la Norma de Ireneo incluye una “firme persuasión también en el Espíritu de Dios.” La segunda y la tercera forma de Tertuliano hablan ambas de Cristo como enviando al Espíritu Santo. Así, a pesar de los énfasis particulares en la Persona y obra de Cristo en la Norma de Fe, permaneció la forma Trinitaria.

Para el año 340 D.C. lo que conocemos como el Credo de los Apóstoles finalmente estaba comenzando a tomar forma. Marcelo de Ancyra nos da esta forma:

Creo en Dios, quien todo lo gobierna;

Y en Cristo Jesús Su unigénito Hijo, nuestro Señor, quien fue concebido del Espíritu Santo y de la Virgen María, quien fue crucificado bajo Poncio Pilato y

4 “La Profesión de los Presbíteros de Esmirna” en Leith, 18.

5 “La Norma de Fe” de Ireneo (2a forma) en Philip Schaff, *Los Credos de la Cristiandad*, Vol. II (Grand Rapids: Baker Book House, reimpresión, 1990), 13.

6 “La Norma de Fe” de Tertuliano (1a forma) en Schaff, 17.

sepultado, quien se levantó de los muertos al tercer día, ascendiendo a los cielos y tomando su lugar a la diestra del Padre, de donde vendrá a juzgar tanto a los vivos como a los muertos;

Y en el Espíritu Santo, la santa Iglesia, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna.⁷

En su forma actual el Credo de los Apóstoles se fecha desde finales del siglo sexto o en el séptimo:

Creo en Dios Padre Todopoderoso; Creador del cielo y de la tierra;

Y en Jesucristo Su Hijo unigénito, nuestro Señor; quien fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió al infierno [Hades]; al tercer día resucitó de entre los muertos; ascendió al cielo; y se sentó a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; de donde vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo; la santa Iglesia católica⁸; la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección del cuerpo [carne]; y la vida eterna. Amén.

Confesando la Historia

Los credos y las confesiones de otras religiones nos dan ideas o afirmaciones abstractas acerca de la realidad última. El Credo de los Apóstoles nos provee de historia. Dios el Padre es el Creador y Gobernador de la historia. Cristo Jesús entró en la historia para salvar a Su iglesia. El Espíritu Santo está operando en la historia, llamando y santificando a la iglesia. La historia culminará en la Resurrección y en el Juicio Final.

El hecho de que la iglesia confesara su fe en términos de los grandes actos de Dios en la historia era inevitable dada la naturaleza del Cristianismo. El que la iglesia confesara las cosas que confesaba *cuando* lo hizo reflejaban su interacción y conflicto con otra religión, una religión anti-histórica llamada Gnosticismo.

El Error Gnóstico

Después de la herejía Judaizante que ocupó mucha de la atención de Pablo, el siguiente enemigo religioso significativo que la iglesia primitiva enfrentó fue el Gnosticismo. El Gnosticismo era una religión de mezcolanzas en lugar de una herejía Cristiana, aunque algunos herejes Cristianos tomaron prestado del Cristianismo de manera extensa.⁹ Tanto Pablo como Juan abordaron tales herejías infestadas de Gnosticismo.¹⁰

7 “El Credo de Marcelo” en Leith, 23.

8 “Católica,” por supuesto, significa “universal”; no se hace aquí referencia de ningún tipo al “Catolicismo” Romano.

9 El Docetismo y el Marcionismo, por ejemplo.

10 Véase, por ejemplo, la carta de Pablo a los Colosenses, especialmente el capítulo 2, y la Primera y la Segunda Epístolas de Juan.

Según el Gnosticismo hay una jerarquía de dioses y seres parecidos a dioses. El más grande de estos dioses es bueno y amoroso pero completamente ajeno al mundo del tiempo y la materia. El verdadero creador del mundo es un ser inferior, el Demiurgo. De allí la bajeza de la materia y en cuanto a lo moral se ha de sospechar de ella. El alma humana es una chispa de la divinidad aprisionada en la esfera de la materia, y la salvación del hombre consiste en el escape de su alma de su prisión material para ir de regreso a la esfera de la divinidad. El conocimiento esotérico – la *gnosis* – es lo que provee la clave.

El Gnosticismo obtuvo mucho de lo mágico y de lo místico, pero ignoró la ética. Para el Gnosticismo, el pecado yace en la materia misma: la salvación implicaba un desprecio ascético y licencioso, según algunos, por el cuerpo. En cualquier caso la ley de Dios para Su creación era irrelevante. ¿Qué tendría que ver el alma “espiritual” con el matrimonio, la propiedad o los hijos? La ley era la esfera del vengativo Demiurgo.¹¹ En tal teología la expiación y el perdón eran conceptos sin sentido, y la Encarnación era impensable.

La iglesia tampoco tenía lugar en la teología Gnóstica. Cada hombre debía percibir a Dios por sus propios medios. Otros hombres eran irrelevantes, excepto aquellos pocos preciosos con secretos mágicos para enseñar. El Gnosticismo se gozaba de su elitismo espiritual. Era, después de todo, en el sentido más Bíblico, una religión de la “carne” (cf. *Gál. 5:19-21*).

El Credo Anti-Gnóstico

El Credo de los Apóstoles protesta contra el Gnosticismo en cada punto. Insiste en que el Padre divino es también el Creador del universo material. Nos dice que el Hijo eterno tomó para Sí mismo una verdadera naturaleza humana en el vientre de la Virgen; que en esa naturaleza Él sufrió y murió; que se levantó otra vez en la carne y ascendió a los cielos donde se sienta hoy a la diestra de Dios.

El Credo reconoce las dimensiones pactales y comunales de la salvación: confiesa “la santa Iglesia católica, la comunión de los santos.” El Credo reconoce tanto la realidad del pecado como la realidad del perdón judicial. El Credo habla de un fin a la historia redentora, y habla de la resurrección del cuerpo – “el levantamiento nuevamente de la carne,” como lo expresa una antigua versión Inglesa.¹² El Credo define la fe en términos de la historia, la materia, el pacto, la ley y la soberanía divina.

Conclusión

Vivimos en una era llena de misticismo religioso, mucho de él es Gnóstico en carácter. Somos parte de una iglesia que ya no piensa en términos de materia, o de historia, o de credos. La primera condición es en gran medida el resultado de la segunda. Si hemos de responder al espíritu de nuestra época tendremos que regresar a los primeros principios. Necesitamos ver la creación, la historia y la salvación como Dios las mira. Los credos de la iglesia y las doctrinas que ellos contienen nunca han sido más relevantes.

¹¹ Marción miraba todo el Antiguo Testamento como la obra de este dios vengativo y carente de gracia.

¹² Citada en *Fundamentos del Orden Social*, de Rousas J. Rushdoony (N. p.: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1972), 4.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 3: La Fórmula de Calcedonia

Greg Uttinger
14 de Agosto, 2002

La Herejía Nestoriana

Nicea y Constantinopla habían declarado la fe de la iglesia en el Dios Trino. El siguiente ataque contra la fe se centraba en la Persona de Cristo. Jesucristo es tanto Dios como hombre: pero, ¿Qué significa eso? Los Gnósticos habían argumentado a favor de un Cristo divino disfrazado en apariencia de carne. Apolinario había argumentado que la Palabra divina había tomado para Sí mismo un cuerpo y un alma humana, pero no un espíritu humano: la Palabra misma funcionaba en lugar del espíritu humano. Estas herejías habían sido condenadas por el Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno-Constantinopolitano respectivamente. Ahora nuevas herejías entraban en escena. La primera fue defendida por Nestorio.

Nestorio se convirtió en Patriarca de Constantinopla en el año 428. Al llegar al oficio procedió con gran energía al perseguir a los herejes.¹ Entre sus víctimas estaban aquellos que no confesaban abiertamente las dos naturalezas distintas en Cristo. Sin embargo, Nestorio entendía que “distinta” quería decir *separada*. Nestorio concebía al Logos divino y al Jesús humano como dos personas separadas que estaban juntados en algún tipo de unión comprensiva y moral. Según Nestorio el Hijo de Dios se había unido al niño o al hombre llamado Jesús debido a la propia excelencia moral de Jesús. Y así Jesús nació, llegó a la vida adulta, sintió hambre y sed, sufrió dolor y fue crucificado, muerto y sepultado. El Hijo de Dios, por otro lado, no pasó por ninguna de estas cosas. Él estaba *con* Jesús – tan era así que Nestorio enseñaba que el hombre Jesús debía ser adorado – pero Él era una persona totalmente diferente, uno incapaz de experimentar cualquier cosa que fuera humana.

Mientras la iglesia confrontaba a Nestorio, Cirilo, el patriarca de Alejandría, tomaba la delantera. Le escribió a Nestorio repetidamente, y luego al emperador, Teodosio II, y al Papa Celestino, quienes entraron en la batalla contra Nestorio, condenando su doctrina en un concilio en Roma (430). Cirilo hizo lo mismo en Alejandría y lanzó Doce Anatematas contra la herejía Nestoriana. La primera dice:

Si alguno no reconoce que Emmanuel es Dios en verdad, y que la santa Virgen es, en consecuencia, la 'Theotokos,' ya que ella dio a luz según la carne a la Palabra de Dios quien se hizo carne, sea anatema.²

El Niño de María

Dentro de la iglesia se había hecho común hablar de la Virgen María como la *theotokos*, “la

¹ Excepto a los Pelagianos quienes rechazaban la doctrina del Pecado Original.

² “Los Anatematas de Cirilo de Alejandría” en Henry Bettenson, ed., *Documentos de la Iglesia Cristiana* (Londres: Oxford University Press, 1963), 46.

que da a luz a Dios.” Pero Nestorio objetaba enérgicamente el término. Dios es eterno e infinito, argumentaba él, y no puede ser “nacido” o dado a luz. Hasta aquí él estaba en lo correcto. Pero a partir de esto concluía que el Niño nacido de María no podía ser Dios, no podía ser el Hijo de Dios, el Logos eterno. En esto él rechazaba el evangelio.

“El Verbo se hizo carne,” escribe Juan en su Evangelio (*Juan 1:14*); y más adelante en su primera epístola nos advierte:

En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo (*1 Jn. 4:2-3*).

Dios no descendió sobre Jesús; el Hijo no se anexó a Sí mismo a un hombre. Jesús *es* el Hijo de Dios; Él es el Cristo venido en la carne. En el vientre de la Virgen el Logos eterno asumió una naturaleza humana verdadera. Sin despojarse de Su deidad, el Hijo de Dios tomó para Sí mismo una verdadera humanidad. Esta es la Encarnación, y es la enseñanza explícita e implícita de los escritores del Nuevo Testamento. Pues Pablo nos dice claramente que no tenemos sino un Señor (*1 Cor. 8:6; Efe. 4:5*). Y a aquel único Señor, él y los otros escritores del Nuevo Testamento le atribuyen nacimiento, hambre y sangre lo mismo que eternidad, omnisciencia y soberanía.

El lenguaje del Nuevo Testamento es algunas veces alarmante en este sentido. Algunos textos, por ejemplo, le atribuyen al Hijo divino cosas que son verdaderas solamente de Su naturaleza humana. “El Hijo” no sabía el tiempo de Su Segunda Venida (*Mar. 13:32*). “Dios” derramó Su sangre por nosotros (*Hch. 20:28*). Los príncipes de este mundo crucificaron “al Señor de gloria” (*1 Cor. 2:8*). Los apóstoles escucharon y vieron y tocaron al mismo “Verbo de vida” (*1 Jn. 1:1-2*). Y luego hay otros textos que hablan de Jesús “descendiendo del cielo,” aunque con respecto a Su humanidad Él nunca había estado en el cielo y con relación a Su deidad Él nunca lo dejó (*Juan 3:13; 6:33-62*).

Cirilo habló de los textos del primer tipo como ejemplos de “apropiación económica”: el Hijo “se aplica los sufrimientos de Su propia carne a Sí mismo por apropiación económica”³ Todos estos textos juntos reflejan la *comunidad de atributos* en la Persona de Cristo: la única Persona es participante de los atributos de ambas naturalezas, de manera que cualquier cosa que pueda decirse de cualquiera de las naturalezas puede ser dicho de la única Persona, quien es el Hijo de Dios.⁴

De manera que cuando Elizabeth saludó a María, llamándola “la madre de mi Señor,” ella habló en términos de esta comunidad de atributos (*Lucas 1:35*): sus palabras reconocen que el Señor de los cielos afirmó el nacimiento de Su carne como suya propia por apropiación económica. María era en verdad la madre de nuestro Señor, y el Niño que dio a luz era

3 *La Carta de Cirilo a Juan de Antioquía* de James Crystal, *El Tercer Concilio Mundial*, vol. I, 409ss, n. en Rousas J. Rushdoony, *Fundamentos del Orden Social* (Presbyterian and Reformed Publishing Company: n.p., 1972), 59.

4 Véase Charles Hodge, *Teología Sistemática*, vol. II (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, reimpresión de 1973), 392ss.

verdaderamente Dios.

Nestorio rechazaba la verdadera Encarnación con disgusto. Tan firme se encontraba en contra de la doctrina que apenas parecía capaz de entenderla. Una y otra vez hablaba como si Cirilo y el sector ortodoxo fuesen culpables de mezclar las dos naturalezas de Cristo. Su racionalismo no podía permitir un Dios que pudiese o quisiese humillarse a Sí mismo para sufrir la concepción y el nacimiento o para experimentar el dolor y la muerte. El hombre podía volverse Dios; Dios no podía volverse hombre. En nombre de la exaltación de Dios hizo a Dios inactivo e irrelevante e introdujo la adoración del hombre.

El Concilio de Éfeso (431), bajo el liderazgo de Cirilo, declaró anatemas a Nestorio y a su doctrina de la Encarnación. El Concilio confesó la realidad de las dos naturalezas de Cristo, y también reconoció a María como la *theotokos*, la que ha dado a luz a Dios. La decisión y la autoridad del Concilio fueron impugnadas inmediatamente y en los años por venir, pero su obra fue confirmada por el quinto concilio ecuménico, el Concilio de Calcedonia.

El Concilio de Calcedonia

Mientras que Nestorio había errado en una dirección, los Monofisitas erraron en otra. Ellos creían que la naturaleza humana de Cristo había sido absorbida por Su naturaleza divina, destruyéndola así totalmente o creando una mezcla de lo humano y lo divino. En nombre de la preservación de la Persona única, confundieron las dos naturalezas.

El movimiento Monofisita llegó a identificarse con un Eutiques, un anciano monje, y a menudo se llama al movimiento con su nombre. Sin embargo, su líder práctico era Dióscoro, el sucesor de Cirilo en Alejandría. Para exonerar a Eutiques Dióscoro indujo al emperador Teodosio a convocar un segundo concilio en Éfeso (449). Dióscoro gobernó este concilio con violencia armada y forzó una confesión Monofisita sobre la Iglesia Oriental.

Pero a la muerte de Teodosio, León el Grande, obispo de Roma, presionó por otro concilio. El nuevo emperador consintió y nombró primero a Nicea y luego a Calcedonia como su sitio. León envió sus propios agentes para que presidieran, y sus propios escritos también comenzaron a destacar. La carta de León a Flaviano, el último patriarca de Constantinopla, fue leída en voz alta a los obispos reunidos y fue recibida con fuertes aclamaciones. León declaraba en parte:

Pues fue el Espíritu Santo quien dio fecundidad a la Virgen, pues fue de un cuerpo que un cuerpo real fue derivado; y “cuando la Sabiduría se estaba edificando una casa,” la “Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros,” esto es, en aquella carne que Él asumió de un ser humano, la cual Él animó con el espíritu de la vida racional. Por consiguiente, aunque se preservó el carácter distintivo de ambas naturalezas y sustancias, y ambas se encontraban en una Persona, una condición humilde fue asumida por la majestad, la debilidad por el poder, la mortalidad por la eternidad; y, con el propósito de pagar la deuda por nuestra condición, la naturaleza inviolable fue unidad a lo pasajero, para que el remedio apropiado para nuestros males, el único y el mismo “Mediador entre Dios y el hombre, Jesucristo hombre,” pudiera por un elemento ser capaz de morir y también, por el otro, ser incapaz de lo

mismo. Por lo tanto, en la naturaleza completa y perfecta del hombre completo fue nacido el Dios completo, completo en todo lo que era suyo, completo en todo lo que era nuestro... Pues cada una de las naturalezas retiene su propio carácter sin defecto; y así como la forma de Dios no hace a un lado la forma de siervo, así la forma de siervo no perjudica la forma de Dios.⁵

El Concilio de Calcedonia condenó al segundo Concilio de Éfeso (“el Concilio del Ladrón”), depuso a Dióscoro y adoptó una confesión que atacaba por igual a las herejías Nestoriana y Monofisita:

Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; co-sustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Deidad, y co-sustancial con nosotros de acuerdo a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, pero sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la virgen María, de acuerdo a la Humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; la distinción de naturalezas no desaparece por ningún medio por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una Persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el Señor Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a El, y como el Señor Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado.⁶

La Cristología de Calcedonia

La Encarnación yace en el corazón del evangelio. Cualquier intento por redefinirla es un intento de reemplazar al Cristianismo con otra religión y a Jesús con otro Cristo. Pues si Jesucristo no es verdaderamente humano, entonces no tenemos en Él ni al Mediador ni al Sustituto. Si Él no es una Persona divina, entonces Su muerte fue mero un martirio que no ayuda o tiene algún valor para nosotros que necesitamos la expiación. En cualquier caso, la salvación es inadecuada. Debemos encontrar otro Salvador, uno más relevante y útil. Si Jesucristo es un hombre que se convirtió en Dios, entonces otro hombre puede convertirse en Dios. La salvación se convierte en un asunto de obras, de esfuerzo moral o manipulación mágica, y su meta es la deificación. Si se confunden las dos naturalezas de Cristo o si una es absorbida en la otra, entonces no hay distinción final entre el Creador y la criatura. Satanás estaba en lo correcto: Dios no es fundamentalmente diferente del hombre, y todos somos potencial o realmente divinos. “¿Quién jugará el papel de Dios?” se convierte en una pregunta legítima.

La Cristología de Calcedonia reconoce un abismo infinito entre el ser de Dios y la de Sus

5 “El Tomo de San León” en Henry R. Percival, ed., *Los Siete Concilios Ecuménicos de la Iglesia No-Dividida* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, reimpresión de 1979), 255.

6 Bettenson, 51.

criaturas. El hombre no puede volverse Dios; Dios se hizo hombre exactamente una vez, y aún allí, en la Persona de Cristo, no hay mezcla o confusión del ser. La deidad sigue siendo deidad; la humanidad sigue siendo humanidad. Las implicaciones políticas y sociológicas de esta doctrina son profundas.

Calcedonia no deja lugar para el misticismo privado o colectivo. Dicho con simpleza, ningún hombre, grupo de hombres o institución humana puede convertirse en Dios o actuar con soberanía divina. Ninguno de nosotros es Dios. Ninguno de nosotros se volverá Dios. Nuestros pensamientos, acciones y sentimientos nunca serán más que humanos. La salvación no es deificación, sino la restauración del hombre su rol apropiado en la creación. Solo Jesucristo es el Hijo de Dios; sólo Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, toda autoridad humana es necesariamente derivada, limitada y sujeta a la ley. Así pues, Calcedonia es crucial para el gobierno constitucional y descentralizado y para la libertad Occidental.

Además, la Encarnación implica una buena creación. El Hijo de Dios tomó para Sí mismo un cuerpo “y fue unido al Polvo y hecho glorioso para siempre.”⁷ No aborreció el vientre de la Virgen, ni tampoco aborreció nuestra humanidad – nuestra condición de criaturas. Mientras que cualquier otra religión trata de rescatar al hombre de la creación y de la historia, el Cristianismo Bíblico dice que Dios vino a Su creación y se unió a Sí mismo con ella para siempre.

La Fórmula de Calcedonia responde al misticismo y al pietismo que son tan predominantes en la iglesia moderna. Responde al estatismo y al liberalismo político. Nos señala a un Salvador, un Señor, y nos dirige a colocar toda nuestra confianza en Él.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

⁷ C. S. Lewis, *Perelandra* (New York: Macmillan Publishing Company, 1944), 215.

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 4: El Credo Atanasiano

Greg Uttinger
27 de Agosto, 2002

El Credo Atanasiano

Aunque lleva el nombre de San Atanasio, el Credo Atanasiano nos llega de otra mano y de una era posterior. Su autor real es desconocido, pero el Credo parece haberse originado en la Galia o en el Norte de África a mediados del siglo quinto. Se halla en la tradición de San Agustín de Hipona y toma prestado libremente de sus escritos. Hace eco también de las victorias de Éfeso y de Calcedonia. Aunque el Credo no fue el producto de un concilio eclesiástico, fue usado extensamente por la iglesia medieval en el Occidente y después fue adoptado generalmente por las iglesias de la Reforma. Debido a que el Credo enseña la procesión del Espíritu desde el Hijo lo mismo que del Padre, ha sido usado en Oriente sólo ligeramente y en una forma alterada.

El Credo consiste de dos secciones, el primero sobre la doctrina de la Trinidad, el segundo sobre la Encarnación. Cada sección comienza con una advertencia de que la creencia correcta es necesaria para la salvación. El Credo termina con una advertencia similar. Estas así llamadas “cláusulas condenatorias” han sido ellas mismas, a menudo, condenadas, no tanto porque sus críticos pongan en duda los puntos específicos de la fe, sino porque esos críticos parecen ofendidos frente a la idea de que Dios pudiera realmente vincular la salvación celestial con la aceptación de dogmas específicos.¹

El Credo, claro está, no requiere que todos los Cristianos entiendan plenamente las complejidades e implicaciones de la ortodoxia Trinitaria. Sí, un creyente ignorante puede hablar en, digamos, términos Sabelianos *porque no ha sido enseñado en una mejor manera*. Él puede en su ignorancia comparar a la Trinidad con un huevo o un árbol. El Credo no aborda tal ignorancia; se dirige al rechazo absoluto de la verdad por parte de aquellos que tienen todas las razones para conocerla mejor. Hay pecados del intelecto, y el Credo pone esto muy en claro.²

El Credo declara:

Todo el que quiera salvarse, debe ante todo mantener la Fe Universal. El que no guardare ésta Fe íntegra y pura, sin duda perecerá eternamente. Y la Fe Universal es ésta: que adoramos a un solo Dios en Trinidad, y Trinidad en Unidad, sin confundir las Personas, ni dividir la Sustancia. Porque es una la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; mas la

1 Schaff, habiendo expresado su propia insatisfacción con estas cláusulas, registra las quejas más audaces de otros escritores. Véase Philip Schaff, *Los Credos de la Cristiandad*, vol. I (Grand Rapids: Baker Book House, 1990 reimpresión), 40n.

2 Véase la discusión entre el joven y el teólogo en la obra *El Gran Divorcio* de C. S. Lewis (New York: Macmillan Publishing Company, 1946), 39ss.

Divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu es toda una, igual la Gloria, coeterna la Majestad. Así como es el Padre, así el Hijo, así el Espíritu Santo. Increado es el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Incomprensible es el Padre, incomprensible el Hijo, incomprensible el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; como también no son tres incomprensibles, ni tres increados, sino un solo increado y un solo incomprensible. Asimismo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios. Así también, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu Santo. Y sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor. Porque así como la verdad cristiana nos obliga a reconocer que cada una de las Personas de por sí es Dios y Señor, así la religión Cristiana nos prohíbe decir que hay tres Dioses o tres Señores. El Padre por nadie es hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo es sólo del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente. Hay, pues, un Padre, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad nadie es primero ni postrero, ni nadie mayor ni menor; sino que todas las tres Personas son coeternas juntamente y co-iguales. De manera que en todo, como queda dicho, se ha de adorar la Unidad en Trinidad, y la Trinidad en Unidad. Por tanto, el que quiera salvarse debe pensar así de la Trinidad. Además, es necesario para la salvación eterna que también crea correctamente en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo. Porque la Fe verdadera, que creemos y confesamos, es que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre; Dios, de la Sustancia del Padre, engendrado antes de todos los siglos; y Hombre, de la Sustancia de su Madre, nacido en el mundo; perfecto Dios y perfecto Hombre, subsistente de alma racional y de carne Humana; igual al Padre, según su Divinidad; inferior al Padre, según su Humanidad. Quien, aunque sea Dios y Hombre, sin embargo, no son dos, sino un solo Cristo; uno, no por conversión de la Divinidad en carne, sino por la asunción de la Humanidad en Dios; uno totalmente, no por confusión de Sustancia, sino por unidad de Persona. Pues como el alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y Hombre es un solo Cristo; El que padeció por nuestra salvación, descendió a los infiernos, resucitó al tercer día de entre los muertos. Subió a los cielos, está sentado a la diestra del Padre, Dios Todopoderoso, de donde ha de venir a juzgar a vivos y muertos. A cuya venida todos los hombres resucitarán con sus cuerpos y darán cuenta de sus propias obras. Y los que hubieren obrado bien irán a la vida eterna; y los que hubieren obrado mal, al fuego eterno. Esta es la Fe Universal, y quien no lo crea fielmente no puede salvarse.

El Credo rechaza tanto al Sabelianismo como al politeísmo con las palabras, “sin confundir las Personas, ni dividir la Sustancia.” De igual manera afirma la Encarnación con una fórmula que asesta un golpe tanto a la herejía Monofisita como a la Nestoriana: “uno totalmente, no por confusión de Sustancia, sino por unidad de Persona.” Aunque el Credo evita la controversial palabra “*theotokos*,” nos da la Cristología de Éfeso y de Calcedonia en

términos nada ambiguos. Pero es en la primera sección sobre la Trinidad donde el Credo va más allá de la obra de los concilios ecuménicos hacia una teología más madura.

Trinitarianismo Maduro

El Credo Atanasiano es mucho más riguroso y detallado en su doctrina de la Trinidad de lo que es el Credo Niceno. Mientras que Nicea y Constantinopla confesaron la verdadera deidad del Hijo y del Espíritu Santo, dejaron lugar para la subordinación del Hijo al Padre y del Espíritu Santo a ambos. Todas las herejías que plagaban la iglesia primitiva requerían alguna forma de subordinación de esencia en la Trinidad. Es decir, cada una de ellas buscaba disminuir la deidad del Hijo y del Espíritu. El Padre era “realmente” Dios y el Hijo y el Espíritu eran emanaciones o proyecciones menores. Tal entendimiento de Dios era necesario, así afirmaban los herejes, para evitar un retorno al politeísmo y para guardar la dignidad de la Deidad y la racionalidad de la teología Cristiana.

Pero el subordinacionismo constituye, de hecho, una guerra contra Dios. Asesta un golpe a la comunión y a la comunicación que existe en la Trinidad, dejando a Dios silencioso y remoto. Priva al Hijo de su poder salvador, convirtiéndolo en un hijo entre muchos posibles hijos. El subordinacionismo conduce necesariamente a la fragmentación de la verdad, a la salvación por obras, a mesías alternos, y a la deificación del Estado. “El resultado inevitable de todo subordinacionismo es otro salvador.”³

El Credo Atanasiano afirma la igual deidad de todas las Tres Personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son co-iguales en naturaleza, majestad y gloria. Cada uno posee la esencia divina en toda su plenitud. Cada Persona es verdadera y plenamente Dios. Pueden ser distinguidos solo por sus propiedades personales: el Padre “por nadie es hecho, ni creado, ni engendrado”; el Hijo es “del Padre... no creado sino engendrado”; el Espíritu Santo “es del Padre y del Hijo, ni hecho ni creado ni engendrado, pero procedente.” Las confesiones Protestantes posteriores han añadido poco a esta descripción de la Trinidad. Por ejemplo, la Confesión de Ausburgo (1530) dice:

Nosotros, unánimemente sostenemos y enseñamos, en concordancia con el decreto del Concilio de Nicea, que hay una esencia divina, que es llamada y que es verdaderamente Dios, y que hay tres personas en esta única esencia divina, igual en poder e igualmente eternas: Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo. Todos los tres son una esencia divina, eterna, sin división, sin fin, de poder, sabiduría y bondad infinitas, un creador y preservador de todas las cosas visibles e invisibles. La palabra “persona” ha de entenderse como los Padres emplearon el término en esta conexión, no como una parte o una propiedad de otro sino como aquello que existe en sí mismo.

Y la Confesión de Fe de Westminster (1646) nos dice:

En la unidad de la Divinidad hay tres Personas, de una sustancia, poder y eternidad; Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El Padre no es engendrado ni procede

3 Rousas J. Rushdoony, *Fundamentos del Orden Social* (N. p.: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1968), 94.

de nadie; el Hijo es eternamente engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo.

Sin embargo, debemos ser cuidadosos de no pensar que nuestras confesiones han conseguido expresar todo lo que hay que decir con respecto a Dios, mucho menos todo lo que Dios conoce de Sí mismo. Por ejemplo, “Un Dios, tres Personas” no significa que tenemos un Dios de tres cabezas, tres personalidades separadas que comparten alguna sustancia abstracta en común. Dios es simple en Su esencia y no tiene partes. No hay tres voluntades o tres inteligencias en la Sustancia de Dios, sino que cada Persona posee todos los atributos divinos total e igualmente. O para ver la doctrina desde otra dirección, la Escritura habla del único Dios (“una Sustancia”) como “Él,” no como “ello” o “Ellos”; y a menos que las tres Personas estén haciendo referencia los unos de los otros, Dios dice “Yo,” no “Nosotros.” Claramente, nuestras fórmulas – tan cruciales como son – no agotan el misterio de la Divinidad.

Implicaciones y Aplicaciones

La naturaleza exacta de la Trinidad se halla más allá de la razón humana. Esto debiese ser claro. Sin embargo, confesamos la doctrina como verdad porque Dios mismo la ha revelado en la Escritura. De esto, y de manera más general, de la doctrina misma podemos sacar algunas lecciones importantes.

Primero, está claro que no necesitamos entender exhaustivamente una cosa para entenderla verdaderamente. Dios se conoce a Sí mismo y al mundo de manera exhaustiva, y Él nos dice cosas verdaderas acerca de ambas cosas en la Sagrada Escritura. De esa manera nos capacita para edificar nuestro conocimiento del mundo sobre el seguro fundamento de Su propia omnisciencia. Podemos hablar con significado de Dios y del universo sin tener nosotros mismos que saberlo todo con respecto a ellos.

Segundo, podemos esperar que el misterio que envuelve a la doctrina de la Trinidad aparezca en toda discusión del Ser y las obras de Dios. La razón humana no puede escalar la infinitud y medir la eternidad. La razón debe tropezar cuando se pone como meta el entendimiento completo de la Deidad, pero servirá bien cuando humildemente recibe las declaraciones de la Escritura como verdad. Debemos confesar que creemos muchas cosas extensas y profundas, no porque podemos arreglarlas todas juntas, sino simplemente “porque la Biblia así nos lo dice.”

Tercero, tenemos en la Trinidad un patrón para la vida comunal que Dios tiene como propósito para Su pueblo. Pues somos miembros de un solo cuerpo (*1 Cor. 12*) y somos llamados, en toda nuestra diversidad, al amor, al compañerismo y al servicio mutuos dentro del marco de la ley pactal. No somos como las abejas zánganos absorbidos en una colmena ni estrellas errantes perdidas en el vacío. Nuestras vidas y dones son significativos precisamente porque pertenecemos a algo – a Alguien – más grande que nosotros mismos. La iglesia, como la Trinidad, es Una y Muchos, y mantenemos el balance entre los dos polos por la obediencia fiel a toda la palabra de Dios. La Escritura nos da libertad dentro de la forma, libertad bajo la ley, amor sin egoísmo.

Cuarto, podemos también comenzar a contestar el problema del Uno y los Muchos en su forma más general. La doctrina Bíblica de la Trinidad implica la igual condición de *último* del Uno y los Muchos tanto en Dios como en Su creación. Dios es Uno; Dios es Tres. En Dios la unidad y la diversidad son igualmente reales y últimas. Lo mismo es cierto en el mundo que Él ha hecho. Unidad y diversidad, forma y libertad, el grupo y el individuo, la constancia y el cambio, significado total y hecho individual, todos por igual tienen su lugar en el orden de Dios. Dios ordena los años cíclicos y las repetitivas estaciones. Él crea a la célula y al cuerpo, al organismo y al ecosistema. Él ordena la aún mayor *unidad en diversidad* de la familia, la comunidad y la iglesia. Nos da una diversidad fantástica y una individualidad sorprendente en el contexto del significado total. No somos dejados en el estancamiento panteísta o en el hecho aislado. Nuestras opciones no son la tiranía o la anarquía (o una mezcla dialéctica – un poco de tiranía con un poco de anarquía). El Cristianismo Trinitario nos provee de verdadero significado para todos los pormenores y verdadera libertad bajo la ley pactal de Dios.

Conclusión

En el capítulo final de *Perelandra*, C. S. Lewis habla de la creación, dirigida por la Providencia prevaleciente, como “La Gran Danza.” La metáfora es adecuada. En un salón de baile o en una danza popular, cada participante es responsable de su propio rol. No puede ver el todo, mucho menos moldear el todo. Pero a medida que realiza bien su parte de la danza, mientras se somete a las reglas de la danza, ayuda a crear una cosa de extraordinaria complejidad y de gran belleza. Así es el universo, y así es la iglesia. Pero la raíz de todo esto yace en la vida interior del Dios Trino. El Credo Atanasiano – y en verdad cualquier declaración de fe Trinitaria – puede parecer intrincado, repetitivo y muy elaborado, pero la Fe que tales declaraciones delinean es el mismo fundamento de la comunión, la libertad, la belleza y el gozo.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 5: La Cristología después de Calcedonia

Greg Uttinger
23 de Septiembre, 2002

El Segundo Concilio de Constantinopla

El Concilio de Calcedonia no libró a la iglesia de los errores Cristológicos. Ni Antioquía ni Alejandría estuvieron satisfechas con la decisión del Concilio. Los teólogos de Antioquía presionaron por la distinción de las naturalezas de Cristo y tuvieron la tendencia de favorecer al Nestorianismo. Los de Alejandría insistieron en la unidad de Su Persona y favorecieron el pensamiento Monofisista. Roma, no dada a las sutilezas del pensamiento Griego, permaneció con claridad en buena parte del debate y generalmente se alineó al lado de la ortodoxia. Los patriarcas de Constantinopla fueron algunas veces ortodoxos, a menudo fueron Monofisistas; lo mismo ocurrió con los emperadores.

Con Nestorio abiertamente condenado, los teólogos que favorecían su posición se refugiaron en los escritos de tres hombres que habían compartido su perspectiva. Estos eran Teodoro de Mopsuestia, quien había sido el maestro de Nestorio, y Teodoreto e Ibas, dos de sus amigos. Cada uno de ellos había pasado bajo el escrutinio de Calcedonia pero habían escapado, en última instancia, de su condenación. Ahora sus herederos espirituales trataban de dar a entender que el Concilio en realidad había aprobado sus obras.

Los Monofisistas golpearon esta posición neo-Nestoriana por medio del emperador. Movieron a Justiniano, quien era él mismo ortodoxo y devoto, a condenar a Teodoro y ciertos escritos de Teodoreto e Ibas. Los Monofisistas esperaban aparecer como los campeones de la ortodoxia y encontrar en última instancia una manera de reconciliar el lenguaje de Calcedonia con su propia posición. Pero el decreto de Justiniano fomentó más controversia de la que resolvió. Finalmente, con la esperanza de restaurar la unidad en la iglesia y en el imperio, convocó un quinto concilio ecuménico en Constantinopla en el año 553.

En una serie de catorce anatemas el Segundo Concilio de Constantinopla rechazó el nuevo Nestorianismo, aprobó la expresión “unión hipostática” (VIII), y confesó que “nuestro Señor Jesucristo quien fue crucificado en la carne es Dios verdadero” (X). Incluso sancionó la frase Alejandrina “una naturaleza encarnada de Dios el Verbo” (VIII), pero lo hizo en un contexto que rechazaba cualquier confusión de lo humano y lo divino en Cristo:

Pues al decir que el Verbo unigénito fue unido por la hipóstasis [personalmente] no queremos decir que hubo una confusión mutua de naturalezas, sino que más bien entendemos que el Verbo fue unido a la carne, permaneciendo cada [naturaleza] una como lo que era.¹

¹ John Leith, *Credos de la Iglesia* (Atlanta: John Knox Press, 1973), 49. Las expresiones en corchetes aparecen en la obra de Leith.

El Concilio clarificó la intención de Calcedonia y, en términos de esas clarificaciones, anatemizó los escritos de hombres fallecidos hacía ya mucho y, en el caso de Teodoro, el hombre mismo. Mientras muchos, ahora y entonces, hubiesen querido que el Concilio dejara los muertos a Dios, los obispos de Constantinopla no reconocieron puertos neutrales para los enemigos de la Fe, ni siquiera la muerte. El evangelio estaba en juego, y el Concilio escogió la lealtad a Cristo por encima de la cortesía para con los difuntos.

La Herejía Monotelita

El Segundo Concilio de Constantinopla le cerró la puerta al Monofisismo desarrollado, pero la demanda por una fusión de lo humano y lo divino levantó otra vez su cabeza en el Monotelismo. La palabra Griega *thelema* se refiere a la voluntad o volición, aunque también se usaba “... en un sentido más amplio, como incluyendo los instintos, apetitos, deseos y afectos con sus correspondientes aversiones.”² Los Monotelitas argumentaban que Cristo tenía solamente una voluntad (*mono thelema*).

La lógica de la posición Monotelista era simple. Para existir como una Persona, Cristo debe tener exactamente una voluntad. Dos voluntades en Cristo demandarían dos personas y conducir de regreso a la herejía Nestoriana. Entonces, la voluntad humana de Cristo debe haber sido absorbida en Su voluntad divina o Sus dos voluntades deben haber sido fusionadas para formar algún tipo de mezcla.

El Cristo de la Escritura

Pero el Cristo de la Escritura no es el Cristo de la lógica Monotelista, como sabían los ortodoxos. Pues la Escritura contrasta la voluntad humana de nuestro Señor con la voluntad del Padre. Jesús dijo, “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (*Juan 6:38*). Durante Sus años en Nazareth estuvo “sujeto” a María y a José, dos seres humanos pecadores y falibles (*Lucas 2:51*).

Pero la revelación más clara de la voluntad humana de Cristo ocurrió en Getsemaní. Allí, en Su humanidad, Cristo tuvo que aceptar la cruz y todo lo que ella significaba. Nótese cómo cambian las palabras de nuestro Señor a través de los tres pasajes siguientes.

Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú (*Mat. 26:39*).

Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad (*Mat. 26:42*).

Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber? (*Juan 18:11*).

El escritor a los Hebreos nos dice que, “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la

² Louis Berkhof, *La Historia de las Doctrinas Cristianas* (Grand Rapids: Baker Book House, reimpresión 1975), 110.

obediencia” (*Heb. 5:8*). Jesús nunca se apartó de la voluntad de Su Padre, pero en Getsemaní Él rindió Su propia voluntad humana. Activamente abrazó la obediencia a Su Padre a un gran costo para Sí mismo. En esto estableció el patrón para nuestra propia santificación.

El Tercer Concilio de Constantinopla

La controversia Monotelita prosiguió desde el 633 hasta el 680. Los emperadores Heraclio y Constancio II trabajaron buscando la reconciliación y la paz, pero en términos de soluciones intermedias y el silencio forzoso. El celo de Constancio por la paz le llevaron a deponer, encarcelar y exiliar al Papa Martín I, quien había dirigido la batalla contra el Monotelismo en Occidente. Pero Constancio fue asesinado en un baño en Siracusa, y las conquistas Árabes de Siria y Egipto dejaron a Roma políticamente más significativa que Antioquía y Alejandría. De manera que, en el 680, Constantino IV, conjuntamente con el Papa Agato, convocó el sexto concilio ecuménico, el Tercer Concilio de Constantinopla. El emperador en persona presidió, pero Agato ejerció una influencia decisiva por medio de una carta dirigida a Constantino.

El Papa Agato escribió:

Pero cuando hacemos una confesión con respecto a una de las mismas tres Personas de la Santa Trinidad, del Hijo de Dios, o Dios el Verbo, y del misterio de su adorable dispensación según la carne, afirmamos que todas las cosas son dobles en el uno y el mismo nuestro Señor y Salvador Jesucristo según la tradición Evangélica, es decir, confesamos sus dos naturalezas, a saber, la divina y la humana, de la cual y en la cual Él subsiste, incluso después de la unión maravillosa e inseparable. Y confesamos que cada una de sus naturalezas tiene su propia propiedad natural, y que la divina tiene todas las cosas que son divinas, sin ningún pecado. Y reconocemos que cada una (de las dos naturalezas) del uno y el mismo encarnado, esto es, la humanada (*humanati*) Palabra de Dios se halla en Él sin confusión, inseparable e incambiable, solo la inteligencia discerniendo la unidad, para evitar el error de la confusión. Pues nosotros detestamos igualmente la blasfemia de la división y la de la mezcla. Pues cuando confesamos dos naturalezas y dos voluntades naturales, y dos operaciones naturales en nuestro único Señor Jesucristo, no afirmamos que sean contrarias o estén opuestas la una a la otra (como aquellos que yerran del sendero de la verdad y acusan a la tradición apostólica de hacerlo. ¡Lejos esté esta impiedad de los corazones de los fieles!), ni como si estuviesen separadas (separadas *per se*) en dos personas o subsistencias, sino que decimos que al igual que nuestro Señor Jesucristo tiene dos naturalezas así también Él tiene dos voluntades y operaciones naturales, a saber, la divina y la humana: la voluntad y la operación divina la tiene en común con el Padre coesencial desde toda la eternidad: lo humano, lo ha recibido de nosotros, tomado por nuestra naturaleza en el tiempo. Esta es la tradición apostólica y evangélica, la cual sostiene la madre espiritual de su más oportuno imperio, la Iglesia Apostólica de Cristo.³

³ Henry R. Percival, *Los Siete Concilios Ecuménicos de la Iglesia No Dividida* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, reimpresión de 1979), 330ss.

En un lenguaje que refleja la carta de Agato, el Concilio declaró que la creencia en dos voluntades era ortodoxia. La Definición del Concilio dice en parte:

Nosotros, de igual manera declaramos que en Él se encuentran dos voluntades naturales y dos operaciones naturales de manera indivisible, incambiable, inseparables y sin confusión, de acuerdo a la enseñanza de los santos Padres. Y estas dos voluntades naturales no son contrarias la una a la otra (¡Ni quiera Dios!) como aseguran los impíos herejes, sino que su voluntad humana sigue, no resistiendo ni negándose, sino más bien como sujeta a su voluntad divina y omnipotente. Pues estaba bien que la carne debía ser movida para estar sujeta a la voluntad divina, según el muy sabio Atanasio. Pues como su carne es llamada y es la carne de Dios el Verbo, así también la voluntad natural de su carne es llamada y es la propia voluntad de Dios el Verbo, como él mismo dice: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió,” donde llama a su propia voluntad la voluntad de su carne, en tanto que su carne era también su propia.

Preservando, por lo tanto, la indivisibilidad y la falta de confusión, hacemos brevemente esta confesión total, creyendo que nuestro Señor Jesucristo es uno de la Trinidad y, después de la encarnación, nuestro verdadero Dios, decimos que sus dos naturalezas brillaron en su única subsistencia en la cual realizó los milagros y soportó los sufrimientos a lo largo de toda su existencia económica, y eso no en apariencia solamente sino en cada hecho, y esto por razón de la diferencia de naturalezas que debe ser reconocida en la misma Persona, pues aunque unidas aún así cada naturaleza desea y hace las cosas que le son propias y eso de manera indivisible y sin confusión. Por esa causa confesamos dos voluntades y dos operaciones, concurriendo en Él de la forma más precisa para la salvación de la raza humana.⁴

El Asunto en Juego

Sería fácil minimizar la obra del sexto concilio ecuménico. Los asuntos parecen esotéricos y la psicología implicada parece especulativa. Ciertamente pocos Cristianos hoy han escuchado sobre el Concilio o su obra. ¿Realmente importa algo de esto?

Aquello con lo que Constantinopla trataba era con la mezcla de lo humano y lo divino en la voluntad de Jesucristo, nuestra Cabeza y Ejemplo. Si en Cristo la voluntad del hombre se mezclaba o se perdía en la voluntad de Dios, ¿No significaría esto que la unión del creyente con Cristo es deificación? ¿No establecería esta fusión de voluntades el patrón de la santificación para todos los Cristianos? Neander escribe:

Al menos muchos entre los Monotelitas suponían que el resultado final del desarrollo perfecto de la vida divina en los creyentes sería en ellos, como en el caso de Cristo, una absorción total de la voluntad humana en la voluntad de Dios; de manera que en todos habría una identidad de voluntad subjetiva, lo misma que objetiva – la cual, realizada consistentemente, conduciría a la noción panteísta de una entera absorción de toda individualidad de la existencia en el único espíritu original.⁵

⁴ *Ibid.*, 345ss.

⁵ Augusto Neander, *Historia General de la Religión y la Iglesia Cristiana*, vol III (Boston: Crocker and Brewster, 1855), 183 citado en Rousas J. Rushdoony, *Fundamentos del Orden Social* (N. p.: Presbyterian and

Hay dos maneras de entender las palabras “Quiero que la voluntad de Dios sea la mía.” La primera sería algo como, “Quiero obedecer a Dios. Quiero conformar mis decisiones a los preceptos de Su ley.” La segunda sería, “Quiero una fusión de mi propia voluntad con la de Dios de manera que mis decisiones sean divinas. Ya no quiero actuar o ejercer voluntad, sino que Dios actuará y ejercerá voluntad a través de mí y para mí.” La primera es la actitud de la fe; la segunda, la del orgullo Satánico. Sin embargo, durante los pasados dos siglos, la segunda a menudo ha pasado como el camino superior hacia la santificación. Abandono mi voluntad, mi ser, para que Cristo pueda vivir Su vida a través de mí. “Dejo las cosas correr y permito a Dios ser Dios.” Las palabras “no yo, sino Cristo en mí” son despojadas de su contexto y convertidas en una bandera para el tipo de misticismo más presuntuoso y no obstante, irresponsable. Pues una vez que mi voluntad ha sido reemplazada por la de Dios, no soy responsable por nada y por tanto cada acto que realizo es divino.

El Tercer Concilio de Constantinopla erigió una barricada contra tal disparate. Si aún en el encarnado Hijo de Dios la voluntad humana y la voluntad divina permanecen intactas, debemos confesar que nuestras propias voluntades nunca serán nada sino solo humanas. La santificación no es deificación, sino crecimiento en gracia. Nos quedamos con la única opción del patrón de Getsemaní: muerte a la auto-voluntad y obediencia activa a los mandamientos de Dios.

Conclusión

Finalmente, debemos recordar el período de tiempo de la controversia Monotelita – mediados de los años 600s. Durante esta mitad de centuria, los ejércitos del Islamismo salieron de Arabia y cayeron por asalto a través de Siria, Palestina y Egipto. Claro, hubo aquí en efecto una relación teológica de causa y efecto: los místicos se relacionan pobremente contra hombre con espadas. Pero no debemos entender esto en términos de un marco deísta: el Señor juzga activamente en los asuntos de los hombres y en particular en los asuntos de Su iglesia (*Heb. 10:30*). Dios poda su árbol de olivo y descarta las ramas incrédulas (*Rom. 11:16-22*). A medida que los años 600s se acercaban a su fin, Dios podó a Su iglesia muy severamente, y muchos de los que confesaban un “Cristo” falso fueron barridos por un monoteísmo que no reconocía a Cristo del todo. Con el Islamismo una vez a nuestras puertas, nosotros, los del siglo 21, necesitamos tomar en serio las lecciones de la historia.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

Cristianismo 101

La Teología de los Credos Antiguos:

La Procesión del Espíritu

Greg Uttinger
1 de Abril, 2003

Introducción

La forma Occidental del Credo Niceno difiere de la Oriental en lo que dice acerca del Espíritu Santo. La forma Oriental, siguiendo la adoptada por Constantinopla, dice que el Espíritu Santo “procede del Padre.” La forma Occidental del Credo añade las palabras, “y del Hijo” – en Latín, la palabra única *Filioque*. La Iglesia Occidental confiesa una doble procesión del Espíritu Santo, una procesión del Padre y del Hijo.¹ La Iglesia Oriental considera esto una herejía.

La cláusula *Filioque* se originó en España en el Siglo Sexto. El Concilio de Toledo (589), al denunciar el Arrianismo, emitió veintitrés anatemas y, al mismo tiempo, insertó la *Filioque* en el texto Latino del Credo Niceno.² De España el uso de la *Filioque* pasó a la Galia. Carlomagno le pidió al Papa León III que sancionara la *Filioque*. León juzgó que la doctrina era ortodoxa, pero se opuso a alterar el Credo ecuménico. Sin embargo, el uso de la *Filioque* continuó difundiéndose en Occidente y eventualmente ganó la aprobación de Roma.

A mediados del siglo 11 la *Filioque* llegó a ser un punto importante de desacuerdo entre el Oriente y Occidente. La Iglesia Oriental reclamaba que Occidente había añadido la *Filioque* ilegalmente – es decir, sin un concilio ecuménico³ – y que la doctrina en sí era fundamentalmente errónea y peligrosa. Esta sigue siendo la posición de la Iglesia Oriental hasta este día.

El Testimonio de los Padres

1 William G. T. Shedd, uno de los pocos teólogos Americanos en escribir extensamente sobre este asunto, resume la doctrina con estas palabras:

Una vez más, el Espíritu, aunque expirado por el Padre y el Hijo, no obstante no procede del Padre y el Hijo como *personas* sino de la esencia Divina. Su procesión es *desde* uno, a saber, la esencia; mientras que su expiración es por dos, a saber, dos personas. El Padre y el Hijo no son dos esencias, y por lo tanto, no expiran al Espíritu desde dos esencias. No obstante, son dos personas, y como dos personas teniendo una esencia numérica expiran de *ella* la tercera forma o modo de la esencia – el Espíritu Santo: sus dos actos personales de expiración concurriendo en una sola procesión del Espíritu. Hay dos expiraciones, porque el Padre y el Hijo son dos personas; pero hay solamente una procesión resultante – *Teología Dogmática*, 2ª ed., vol. I (Nashville: Thomas Nelson, 1980), 290.

2 Un concilio anterior en Toledo (447) ya había declarado: “Si alguno no cree que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que es co-eterno con y como el Padre y el Hijo, que sea anatema.” El tercer Anatema, en Rousas J. Rushdoony, *Los Fundamentos del Orden Social* (N. p.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1972), 120.

3 Los Protestantes no se han preocupado mucho sobre este punto, y le dejaré el argumento a otros. El si la *Filioque* es bíblica o no es lógicamente un asunto distinto.

La doctrina de la doble procesión no era una novedad cuando el Concilio de Toledo la usó en su ataque contra el Arrianismo. Considere el testimonio de estos antiguos escritores, dos de los cuales provienen en realidad del Oriente:⁴

San Epifanio de Salamis (d. 403) escribió en su *Ankyrotos*:

El Padre siempre existió y el Hijo siempre existió, y el Espíritu es infundido del Padre y del Hijo; y ni el Hijo es creado ni el Espíritu es creado.

San Cirilo de Alejandría, el enemigo del Nestorianismo, escribió en su *Thesaurus* (c. 424):

Dado que el Espíritu Santo, cuando se halla en nosotros, efectúa el que nuestro ser se conforme a Dios, y que Él en realidad procede del Padre y del Hijo, es abundantemente claro que Él es de la esencia divina, en ella en esencia y procediendo de ella.

San Hilario de Potiers (356-359) en su *De Trinitate* dijo que el Espíritu Santo “es del Padre y del Hijo, Sus Fuentes.” El Papa San Dámaso I en los Hechos del Concilio de Roma (382) declaró:

El Espíritu Santo no es solamente del Padre, o el Espíritu no lo es del Hijo solamente, sino que Él es el Espíritu del Padre y del Hijo. Pues está escrito, “Si alguno ama al mundo, el Espíritu del Padre no está en él” (*1 Juan 2:15*); y una vez más está escrito: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (*Romanos 8:9*).

Y el Papa León I (d. 461) dijo (Sermón 75:30):

El Hijo es el Unigénito del Padre, y el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo, no como cualquier criatura, que también es del Padre y del Hijo, sino como viviendo y teniendo poder con ambos, y eternamente subsistiendo de aquello que es el Padre y el Hijo.

Pero fue San Agustín de Hipona quién hizo lo más para desarrollar la doctrina de la doble procesión. “San Agustín enseñaba que el Espíritu Santo es el vínculo de amor que existe entre el Padre y el Hijo.”⁵ En *Sobre la Trinidad* (400-416) escribió:

[Con el Padre y el Hijo] el Espíritu Santo, también, existe en esta misma unidad de sustancia e igualdad. Pues si Él fuese la unidad del Padre y el Hijo, o Su santidad, o Su amor, o Su unidad debido a que Él es Su amor, o Su amor porque Él es Su santidad, está claro que Él no es uno de los Dos, puesto que es por Él que los Dos están unidos, es por Él que el Engendrado es amado por el

⁴ Las citas que siguen han sido coleccionadas por James Kiefer en *Los Credos*, “La Filioque,” 5-7, disponible en (<http://www.thefathershouse.org/creed/filioque.html>) Este es un sitio web extraordinario, y lo es aún más puesto que es patrocinado por la Iglesia Internacional de Santidad Pentecostal.

⁵ *Ibid.*, 8. Kiefer escribe: “Desde toda la eternidad, independientemente de cualquier ser creado, Dios es el que Ama, el Amado y el Amor en sí. Y el vínculo de unidad y amor que existe entre el Padre y el Hijo procede del Padre y del Hijo.”

Engendrador, y a su vez ama a Aquel que le engendró (XI, 5:7).

Y sin embargo no es sin razón que en esta Trinidad solamente la Palabra de Dios es llamada Hijo, sólo el Don de Dios el Espíritu Santo, y sólo Él de quien la Palabra es engendrada y de Quién principalmente procede el Espíritu Santo es llamado Dios el Padre. He añadido el término “principalmente” porque se halla que el Espíritu Santo procede también del Hijo. Pero esto también lo dio el Padre al Hijo, no como si el Hijo no existiera ya y lo tuviera, sino porque cualquier cosa que el Padre le de al Hijo, lo da por engendramiento. Lo engendró de tal manera, entonces, para que el Don pudiera proceder juntamente de Él, y así el Espíritu Santo fuese el Espíritu de ambos (XV, 17:29).

Según la Escritura

El versículo central en todo este debate es Juan 15:26:

Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí.

El Concilio de Constantinopla copió la frase “procedió del Padre” directamente de la Escritura y la colocó en el Credo. La relación precisa del Espíritu con el Hijo no era una cuestión apremiante en aquel momento, y el Concilio no habló de ello de una manera u otra. Sin embargo, la Iglesia Oriental argumenta a partir del silencio del texto y del Credo: puesto que ambos dicen “del Padre” y no más, es erróneo, insiste Oriente, añadir más. Sin embargo, esto no es necesariamente cierto. “Del Padre” no necesita excluir “y del Hijo” si hay otra evidencia Escritural para respaldar la cláusula.

Leemos en Mateo de un ángel en la tumba el Día de Pascua, y esto no contradice la declaración de Lucas de que había dos ángeles. Leemos en Marcos 10 y en Lucas 18 de un mendigo ciego sanado por Jesús en las afueras de Jericó, y esto no contradice la declaración en Mateo de que hubo dos mendigos ciegos sanados. De manera similar, está claro que el dicho de Jesús, que el Espíritu procede del Padre, no contradice la declaración de que el Espíritu procede también del Hijo.⁶

Aunque la Escritura no dice explícitamente que el Espíritu procede del Hijo, sí dice lo que equivale a la misma cosa.

Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti (*Juan 17:7*).

Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo (*Juan 20:22*).

Jesús prometió que Él mismo enviaría al Espíritu. Después de Su resurrección, les confirió el Espíritu a Sus discípulos con un soplo de su aliento, Su propio suspiro. La Iglesia Oriental argumenta que esto fue nada más una señal o sacramento; no obstante, Dios se

⁶ *Ibid.*, 2.

revela a Sí mismo en Sus obras tal y como es en verdad. El envío, o aspiración, o procesión en el tiempo presupone y revela la procesión desde la eternidad.⁷

Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Gál. 4:6).

Si el Espíritu Santo es el Espíritu (o Aliento) del Hijo, entonces debe ser expirado (respirado) por el Hijo. Y la palabra es *Hijo*, no *Cristo* o *Jesús*: la referencia es a la Trinidad ontológica, a algo en la Deidad, y no al envío del Espíritu en Pentecostés de parte del Mediador. El Hijo expira el Espíritu desde la eternidad, y por lo tanto, Él lo ha expirado o enviado en el tiempo.

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber (Juan 16:13-15).

Aquello que el Espíritu tiene, lo tiene “del Hijo no menos que del Padre.”

... y como se dice del Hijo que es del Padre porque no habla de sí mismo, sino del Padre (de quien recibe todas las cosas), así se debiese decir del Espíritu que es y que procede del Hijo porque escucha de Él y habla desde Él.⁸

Hay más. Si el Espíritu no procede del Hijo, tenemos algunos problemas teológicos serios. Primero, perdemos el íntimo compañerismo que es la Trinidad. Pues el Espíritu Santo no tiene una relación inmediata con el Hijo. El Aliento del Padre no tiene destino, ni regresa ese Aliento jamás a Él. “Es solamente si el Espíritu procede de ambos que la intercomuniación de las personas de la Trinidad es eternamente completa.”⁹

Segundo, no tenemos manera de distinguir al Hijo y al Espíritu en la Deidad. Ni siquiera podemos decir que el Hijo es la segunda Persona de la Trinidad y que el Espíritu Santo es la tercera. Después de todo, ¿no es verdad que el espíritu del hombre está más cercano al hombre que su hijo? Y aún así el lenguaje normal de la Escritura y el orden de la revelación histórica nos da al Padre, luego al Hijo, y luego el Espíritu.

Si Abandonamos la *Filioque*...

Las ideas tienen consecuencias. Las ideas respecto a Dios tienen consecuencias profundas, especialmente si se les dan suficiente tiempo. La *Filioque* no es un asunto menor, y si la Iglesia la acepta o la rechaza tendrá amplios efectos culturales y de largo plazo. Los teólogos Holandeses, y aquellos influenciados por sus escritos, parecen tener un

7 Turretin, III, xxxi, v, 309. Cf. Palmer, *La Persona y el Ministerio del Espíritu Santo, la Perspectiva Calvinista Tradicional* (Grand Rapids: Baker Book House, 1974), 16.

8 Turretin, 309.

9 Cornelius Van Til, *Una Introducción a la Teología Sistemática* (S. P.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1974), 226.

entendimiento más claro de esto que, digamos, aquellos en la tradición Presbiteriana. Por ejemplo, Herman Bavinck escribe:

Las tres personas [en la perspectiva Oriental] no son vistas como tres relaciones en una esencia, el auto-despliegue de la Deidad, sino que el Padre es visto como Aquel que le imparte Su ser al Hijo y al Espíritu. Como resultado, el Hijo y el Espíritu están tan coordinados que ambos, de la misma manera, tienen su “causa originadora” en el Padre. En ambos el Padre se revela a Sí mismo. El Hijo hace que conozcamos a Dios: el Espíritu hace que nos deleitemos en Él. El Hijo no revela al Padre en y a través del Espíritu, tampoco el Espíritu nos dirige al Padre por medio del Hijo. Los dos son más o menos independientes el uno del otro; cada uno dirige al Padre en su propia manera particular. De este modo, la ortodoxia y el misticismo, la mente y la voluntad, son colocadas en relación antitética la una con la otra. Y esta relación peculiar entre la ortodoxia y el misticismo caracteriza la actitud religiosa prevaleciente en la Iglesia Oriental. La doctrina y la vida están separadas: la doctrina es solamente para la mente; es un objeto apropiado para la especulación teológica. A la par de ella, y aparte de ella, hay otra fuente de vida, a saber, el misticismo del Espíritu. Esta fuente no tiene el conocimiento como su fuente sino que tiene su propio origen distinto y nutre al corazón. Así, se establece una falsa relación entre la mente y el corazón; las ideas y las emociones son separadas, y falta el vínculo que debiese unir a las dos en una unión ética.¹⁰

Edwin Palmer resume el análisis de Kuyper:

Además, como ha señalado incisivamente Abraham Kuyper, la negación de la filioque conduce a un misticismo poco saludable. Tiende a aislar la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas de la obra de Jesús. La redención obrada por Cristo es puesta en segundo plano, mientras que la obra santificadora del Espíritu es puesta en primera plana. El énfasis es más y más sobre la obra del Espíritu en nuestras vidas, lo que tiende a llevar a una independencia de Cristo, la iglesia y la Biblia. La santificación puede mostrarse más imponente que la justificación, la comunión subjetiva con el Espíritu más grande que la vida objetiva de la iglesia, y la iluminación por parte del Espíritu más amplia que la Palabra. Kuyper cree que este ha sido realmente el caso, en alguna medida, en la iglesia Oriental, como resultado de la negación de que el Espíritu procede del Hijo lo mismo que del Padre.¹¹

El Espíritu viene para glorificar al Hijo (*Juan 16:14*). Si separamos la obra del Espíritu de la sangre de Cristo y de la palabra de Dios, distorsionamos el Cristianismo de la manera más horrorosa, y cualquier misticismo que creemos será más parecido al panteísmo Oriental que a cualquier cosa en la Biblia – excepto, quizás, la idolatría del antiguo Israel.¹²

¹⁰ Herman Bavinck, *La Doctrina de Dios* (Edinburgh: Fundación Estandarte de la Verdad, 1991), 317.

¹¹ Palmer, 18.

¹² Los becerros de oro, tanto el de Aarón como el de Jeroboam, supuestamente representaban y servían como medios de contacto con Jehová (cf. *Éxo. 32:4; 1 Reyes 12:28*).

Jim Jordan, escribiendo sobre el Segundo Mandamiento, ha relacionado el rechazo de la *Filioque* por parte de la Ortodoxia Oriental con su uso de iconos.

Dios se encuentra al hombre en el lenguaje, en el discurso personal. La música puede glorificar esa conversación – y debiese hacerlo así en la adoración – pero Dios no se encuentra con el hombre en la música. Ni se encuentra con el hombre en el arte visual de algún tipo. Él se encuentra con el hombre en la Palabra de Dios, en el lenguaje; y debido a que Dios es incorpóreo, Él encuentra al hombre solamente en el lenguaje.

Otra forma de decir esto es que Dios se encuentra con el hombre solamente a través del Hijo de Dios, la Palabra. El Espíritu es la gloria, la música, la exhibición visual de Dios; pero Dios no se encuentra con el hombre a través del Espíritu. Al insistir en que los iconos son un canal separado de comunicación no verbal con Dios y los santos, el Ortodoxo separa al Espíritu del Hijo. Niegan, de manera comprensible, que el Espíritu procede del Hijo. Sin embargo, la religión Bíblica insiste en que la obra del Espíritu es capacitarnos para entender la Palabra del Hijo, no en ser una manera separada de acercarse a Dios. El “¡No!” de Dios [en el Segundo Mandamiento] es un rechazo de cualquier intento por parte del hombre de acercarse a Dios aparte de Su Hijo.¹³

Existen otras implicaciones que necesitamos considerar. Pues si el Espíritu viene para hacer la obra del Padre, debemos esperar encontrarle más claramente revelado, no en la Iglesia, sino en la creación. “Si se entiende el Espíritu como procediendo solo del Padre, es entonces natural pensar que el Espíritu refleja la energía espiritual del mundo creado.”¹⁴ Entonces la gracia toma una silla detrás de la Naturaleza.

El subordinacionismo dio primacía a la naturaleza, y por tanto a la habilidad natural del hombre. Como resultado el hombre llega a ser, en efecto, su propio salvador, y la gracia es gracia cooperante, no prevenida. Si el Espíritu Santo procede únicamente del Padre, entonces el Espíritu Santo, en un sistema que le otorga primacía a la naturaleza, llega a ser absorbido en la naturaleza.¹⁵

Teológicamente, el rechazo de la *Filioque* abre la puerta al Pelagianismo, la habilidad del hombre para salvarse a sí mismo; políticamente, conduce directamente al estatismo. “La segura voz de Dios era, por lo tanto, la voz natural, el estado.”¹⁶ Las naciones de la Ortodoxia Oriental no son ajenas al totalitarismo y al imperialismo.

La *filioque* está vitalmente asociada con el avance de la iglesia Occidental hacia una fuerte antropología (en relación con la doctrina del pecado y la gracia), mientras que el Oriente se detenía en una débil visión Pelagiana y sinérgica, burda y sin desarrollar. La procesión solamente de *Patre per Filium* pondría a la

13 James Jordan, *Razones para el Rito, Estudios en la Adoración*, No. 59, Septiembre, 1998.

14 Robert J. Sanders, “La Violencia y la *Filioque*” (<http://stpauls.manhattank.org/essays/apr95.htm>), Abril, 1995.

15 Rushdoony, 125.

16 *Ibid.*, 123.

iglesia a la distancia, por así decir, de Dios; es decir, más allá de Cristo, en un extremo, o en un lado del reino de la vida divina, más bien que en el centro y seno de ese reino, donde todas las cosas son suyas. La *filioque* pone a la iglesia, la cual es el templo y órgano del Espíritu Santo en la obra de redención, más bien entre el Padre y el Hijo, participando de su propio compañerismo, según la gran oración intercesora de Cristo mismo. Coloca a la iglesia en el punto de encuentro, en el circuito viviente de la relación recíproca, de la gracia y la naturaleza, de lo divino y lo humano; dando de esta manera campo para una fuerte doctrina tanto de la naturaleza como de la gracia, y a una fuerte doctrina también de la iglesia misma.¹⁷

La *Filioque* significa que la obra del Padre y la obra del Hijo coinciden en la operación del Espíritu Santo. La gracia no es edificación, sino la redención y restauración de la creación de Dios. La Iglesia, como el templo del Espíritu Santo, se encuentra en el corazón mismo de este proceso y en el centro del pacto de amor que existe en el seno del Dios Trino.

Sumario y Conclusión

En 1984, el corresponsal de la ABC George Bailey, escribiendo para una audiencia secular, trazó el conflicto entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, las encarnaciones modernas del Oriente y Occidente, a la *Filioque*. Señaló el “giro interno, mistagógico o espiritual de la fe Ortodoxa Griega,” el cual asoció con “la espiritualidad retraída de la tradición ortodoxa Rusa.” Esto lo contrastó con “el involucramiento dinámico en los asuntos materiales (mundanos) característico del Catolicismo y, en una medida aún mayor, del Protestantismo (el ministro laico en traje de negocios).”¹⁸ Bailey puede haber exagerado la causa y el efecto, pero al menos vio algo de las raíces teológicas y credales del más grande conflicto político del siglo veinte. No muchos teólogos Occidentales fueron tan astutos.

El misticismo, el estancamiento cultural y el imperialismo típico de las naciones de la Ortodoxia Oriental son consecuencias lógicas del rechazamiento de la *Filioque*. La gracia soberana y la libertad política son las consecuencias lógicas de su adopción. Y aún así pocos escritores Occidentales han dedicado más de una o dos páginas a la *Filioque*. Esto es triste. Los teólogos de la Ortodoxia Oriental entienden al menos que el asunto es importante, y están prontos para contender por la santidad de su posición.¹⁹ Es tiempo que los teólogos Occidentales muestren un celo similar al defender su propia herencia teológica.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa, Kate, y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

17 Yeoman, citado por Rushdoony, 123. Desdichadamente, Rushdoony traza erróneamente su cita a través de Schaff. Si alguien sabe de dónde proviene realmente la cita, por favor, envíeme por correo electrónico la referencia.

18 George Bailey, *Armagedón en el Horario de Mayor Audiencia* (New York: Avon Books, 1984), 37-38.

19 La mayoría de los artículos que se encuentran en Internet sobre la *Filioque* proviene de la Ortodoxia Oriental.

Cristianismo 101: La Teología de los Credos Antiguos

Parte 7: El Perdón de los Pecados

Greg Uttinger
1º de Octubre, 2004

Introducción

El Credo de los Apóstoles habla del “perdón de los pecados.” El Credo Niceno dice, “Reconozco un bautismo para la remisión de los pecados,”¹ un eco del ministerio de Juan. Juan el Bautista predicó “el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados” (Marcos 1:4). Pedro también asoció el arrepentimiento y el bautismo con “la remisión de los pecados” en su sermón del día de Pentecostés (Hechos 2:38). La remisión o perdón de los pecados es algo básico al Evangelio: la venida del Reino no es en sí una buena nueva para nosotros a menos que podamos ser reconciliados con el Rey. El Cristianismo hace del perdón divino la puerta de entrada al Reino de Dios. Las religiones del mundo pagano no hablan en absoluto acerca del perdón.

El Dios que Muere: ¿Un Salvador de Qué?

Los mitos paganos del mundo antiguo a menudo hablan de un dios nacido de una virgen, un salvador, que murió (algunas veces en un árbol) y que regresó a la vida, glorificado.² Estos mitos ubican la necesidad del hombre de tener tal salvador en la propia mortalidad del hombre o en su ambiente. El hombre se encuentra a sí mismo acosado por la pena, el dolor y la muerte. El dios que muere y vuelve a levantarse ha pasado triunfalmente a través de estas cosas, y él invita a una elite espiritual a que siga sus pasos. Lo que se requiere es una ceremonia, un ritual, una experiencia, una serie de acciones que levantarán al hombre por encima de su actual existencia hacia un plano superior. El dios que muere es un precursor; sus seguidores son dioses en proceso de construcción.

De vez en cuando alguien señalará el mito del dios que muere como el origen del Evangelio Cristiano. Pero aparte de unas pocas similitudes formales, la religión del dios que muere no podría hallarse más alejado del Cristianismo Bíblico.³ El dios que muere salva a los hombres del dolor y la muerte. En otras palabras, salva a los hombres de los efectos del pecado y del juicio de Dios; no trata en sí con el pecado ni con la culpa. De hecho, la

1 Ya no usamos tanto la palabra “remisión” excepto donde se involucra la enfermedad. En la Escritura significa liberación del justo castigo debido al pecado.

2 La obra estándar sobre el mito del dios que muere es *La Rama Dorada*, de Sir James Frazer. Para un tratamiento Protestante interesante, aunque algunas veces paranoico sobre el tema, ver la obra *Las Dos Babilonias*, de Alexander Hislop (1914). Ver también Colonel J. Garnier, *La Adoración de los Muertos* (1904).

3 Y esas similitudes no son difíciles de explicar, dado el profundo efecto que el testimonio y adoración de los Patriarcas debió haber tenido sobre el mundo antiguo. La muerte propiciatoria y la resurrección corporal eran elementos clave en la fe de Abraham y Job. Y la “simiente de la mujer” (Gén. 3:15) ciertamente era una insinuación del nacimiento virginal. Pero en la fe bíblica, el nacimiento virginal señala hacia el fracaso de la humanidad y la intervención soberana de Dios; en el paganismo, el nacimiento “virginal” afirma el potencial creativo de la humanidad aparte de Dios.

cosmovisión pagana no tiene una concepción del pecado. Pues el pecado presupone un Legislador soberano, un Creador – nada menos. Pero en la mitología pagana no había ningún Creador. El universo era auto-existente, y los dioses eran su descendencia. Eran poderes finitos, espíritus tutelares, cada uno con su área limitada de operación. Los dioses eran poderes que debían ser evitados, aplacados o usados. Uno buscaba su perdón de la misma manera en que uno podía buscar el perdón de un vecino bravucón o de un caudillo descontento. El punto en cuestión no era la justicia, sino la auto-preservación.

El Gnosticismo Otra Vez

El gnosticismo fue un rival del Evangelio Cristiano desde el comienzo. Era pariente de varios de los cultos de dioses que mueren y de las religiones de misterio que abundaban en el Imperio Romano. No le ofrecía al hombre algún salvador particular, aunque algunas veces invocaba el nombre de Cristo. Para el gnosticismo la salvación significaba un escape del mundo material y una fusión mística del alma de uno con la esencia divina – de la cual había salido. No había nada de gracia o perdón en esta salvación, ninguna noción de propiciar a un Creador ofendido. La santidad de “Dios” no significaba su justicia, sino su completa transcendencia. Él (o *ello*) era abstracto, remoto, y totalmente otro – tan incapaz de tener una ira santa como lo era de mostrar amabilidad o compasión. Entonces, la salvación no era un don divino, sino un logro humano. A través del conocimiento especial (la *gnosis*), el hombre transcendía su existencia mundana y ascendía en la escalera de la auto-deificación.

Tanto Juan como Pablo abordaron las primeras formas del Gnosticismo.⁴ Los Padres de la Iglesia, particularmente Ireneo, escribieron extensamente en contra del Gnosticismo. El Credo de los Apóstoles lo rechazó de plano al definir la fe en términos de la creación original; el nacimiento virginal, el Cristo muerto y resucitado; el perdón de los pecados; y la resurrección del cuerpo físico.

Otros Evangelios

En el seno de la primera iglesia, cada uno de los movimientos que atacaba la Encarnación atacaba también el perdón de los pecados – si no directamente, al menos por implicación. Los Arrianos, Nestorianos y Monofisitas, al ofrecerle otro Jesús a la iglesia, necesariamente le ofrecían otro evangelio, uno desconectado con el perdón de los pecados. Pues si Jesús no era Dios, Su sacrificio fue finito e inútil; si no era humano, Su sacrificio no fue real. En cualquier caso, Su obra no podía ser el fundamento del perdón de Dios. El perdón lógicamente pasó al ámbito de lo místico, lo emocional, o lo innecesario.

Pelagio y Su Legado

Además de las primeras herejías Cristológicas, encontramos un ataque más directo contra el perdón de los pecados: el Pelagianismo. Pelagio fue un monje Británico que enseñó y escribió a principios del siglo quinto. Su principal oponente teológico fue Agustín de Hipona. Pelagio rechazaba la doctrina del pecado original y enseñaba que Adán había actuado sólo por sí mismo. Adán, por su desobediencia, había establecido un mal ejemplo

⁴ Ver I y II de Juan, y Colosenses capítulo 2, por ejemplo.

para su posteridad, nada más.⁵ Pelagio no admitiría ninguna naturaleza pecaminosa en el hombre; reconocía solamente actos pecaminosos. Su argumento era simple: debido a que Dios ordena obediencia, el hombre debe ser capaz de brindarla. Es decir, el hombre debe ser capaz de vivir sin pecado. Pelagio sostenía que, de hecho, muchos hombres han hecho precisamente eso. En su opinión, no era algo tan difícil.

El Pelagianismo era un paganismo racionalista y falto de imaginación. Según Pelagio, el hombre no necesitaba un Salvador; necesitaba una mejor educación y mejores ejemplos. Pelagio daba espacio al perdón de las ofensas pasadas, pero su evangelio era primordialmente un evangelio de reforma moral. Los hombres debían hacer su mejor esfuerzo. Reformad su entorno social y ampliad su educación moral, y se desempeñarán mejor.

Al final, Pelagio fue condenado en el Concilio de Éfeso (431 D.C.). Los Semi-Pelagianos, que trataron de mezclar el esfuerzo humano con la gracia divina, fueron posteriormente condenados (y anatémizados) por el Segundo Sínodo de Orange (529 D.C.).⁶ A pesar de eso, el extravío teológico de la iglesia ha sido hacia el Semi-Pelagianismo, especialmente en Oriente, donde la filosofía Griega tenía raíces más fuertes. Hoy, el evangelicalismo Norteamericano se halla fuertemente infectado por el Semi-Pelagianismo en muchas de sus creencias y nociones.⁷

En la esfera política, el Pelagianismo y el Semi-Pelagianismo condujeron al crecimiento del poder del estado y particularmente al control del estado sobre la educación. Después de todo, se requiere una presencia dominante y una gran cantidad de poder para asegurar un entorno que sea propicio a la moralidad. En la iglesia, los efectos son similares. Aquellos que están en autoridad deben hacer regla tras regla para mantener la tentación y el mundo lejos de sus iglesias (o familias, o escuelas). Pero tales reglas son inútiles contra las corrupciones de la carne (Col. 2:20-23). Ni producen convicción ni traen vida, y solamente enmascaran el problema real, el pecado en el corazón de todo hombre (Marcos 7:1-23).

La Doctrina Bíblica del Perdón

Para el Cristianismo Bíblico el pecado es ético, no metafísico. Es decir, el pecado no se halla en las cosas. No se encuentra en la sociedad o en el entorno del hombre. No es un defecto o alguna incapacidad en el ser del hombre. El pecado es la trasgresión deliberada de la ley de Dios por parte del hombre. El pecador es culpable delante de Dios; es decir, ha quebrantado la ley de Dios y es digno de castigo.⁸ Debido a que Dios es justo y santo, Él no pasará por alto el pecado ni tampoco recibirá al pecador como si fuese un amigo. Sí, Dios es misericordioso, pero Su gracia no anulará Su justicia.

⁵ Philip Schaff, *Historia de la Iglesia Cristiana*, vol. III, sec. 150.

⁶ Esto fue menos que una victoria completa para la ortodoxia Agustiniana puesto que el Concilio rechazó la doble predestinación, dejó de afirmar la gracia irresistible, y enseñó que el libre albedrío del hombre es restaurado en el bautismo.

⁷ Ver R. K. McGregor Wright, *Sin Lugar para la Soberanía, Lo que Anda Mal con el Teísmo del Libre Albedrío* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1996).

⁸ Como Francis Schaeffer señaló tan a menudo, el asunto no son los “sentimientos de culpa,” sino la “verdadera culpa moral”: el hombre ha quebrantado la ley de Dios y merece la ira de Dios.

Es aquí donde entra la cruz. En el Calvario, Jesucristo llevó sobre Sí mismo la pena debida por nuestros pecados. Él murió en nuestro lugar. Hablamos de esto como de la expiación substitutiva. Es lo que hace posible el perdón de Dios. Pero hay más. La *Confesión Belga* (XXIII) dice,

Creemos que nuestra salvación consiste de la remisión de nuestros pecados por causa de Jesucristo, y que allí se implica nuestra justicia delante de Dios; como David y Pablo nos enseñan, declarando esto como la felicidad del hombre, que Dios le imputa justicia sin obras. Y el mismo Apóstol dijo, que somos justificados gratuitamente por su gracia, por medio de la redención que es en Cristo Jesús. Y por lo tanto, nos aferramos siempre a este fundamento, adjudicándole a Dios toda la gloria, humillándonos delante de Él, y reconociéndonos como realmente somos, sin presumir confiar en cualquier cosa que haya en nosotros mismos, o en algún mérito nuestro, descansando y confiando solo en la obediencia del Cristo crucificado, que llega a ser nuestra cuando creemos en Él.

Note que la *Confesión* equipara la remisión de los pecados con la justificación. Ursinus argumenta siguiendo líneas similares en su *Comentario del Catecismo de Heidelberg*:

La *justificación evangélica* es la aplicación de la justicia evangélica; o, es la aplicación de la justicia de otro, la cual es sin nosotros en Cristo; o, es la imputación y aplicación de aquella justicia que Cristo obró para nosotros por su muerte en la cruz, y por su resurrección de entre los muertos. No es una transfusión de justicia, o de las cualidades de ella; sino que es la absolución, o la declaración de nosotros como libres del pecado en el juicio de Dios, sobre la base de la justicia de otro. Por lo tanto, la justificación y el perdón de los pecados son la misma cosa: pues justificar quiere decir que Dios no nos imputará el pecado, sino que nos aceptará y declarará justos; o, lo que es lo mismo, que Él nos declara justos sobre la base de la justicia de Cristo provista para nosotros. Que este es el significado apropiado de la palabra es algo que queda claro a partir de pasajes de la Escritura en los cuales ocurre: “Porque no se justificará delante de ti ningún ser humano,” es decir, nadie será absuelto, o declarado justo por alguna justicia inherente. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño,” (Sal. 143:2; 31:1,2). Pablo, en concordancia con esta declaración del Salmista, interpreta la justificación como la remisión de los pecados, donde la palabra *imputar* se repite siete veces. (Rom. 4:7)⁹

Dios nos perdona porque Jesús ha llevado nuestro castigo y nos ha vestido legalmente con Su obediencia perfecta, Su justicia. Recibimos este don con las manos vacías de la fe. El *Catecismo de Heidelberg* lo expresa de esta manera:

P. 60. ¿Cómo eres justo ante Dios?

⁹ Zacarías Ursinus, *Comentario del Catecismo de Heidelberg* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Company, reimpresso de la edición Americana de 1852), 326ff.

R. Por la sola verdadera fe en Jesucristo, de tal suerte que, aunque mi conciencia me acuse de haber pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, no habiendo guardado jamás ninguno de ellos, y estando siempre inclinado a todo mal, sin merecimiento alguno mío, sólo por su gracia, Dios me imputa y da la perfecta satisfacción, justicia y santidad de Cristo como si no hubiera yo tenido, ni cometido algún pecado, antes bien como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y beneficios con verdadera fe.

Además, la fe no es una buena obra; no merece nada. Cristo es nuestra justicia y nuestra salvación. La fe es simplemente la manera en que le recibimos.

P. 61. ¿Por qué afirmas ser justo sólo por la fe?

R. No porque agrade a Dios por la dignidad de mi fe, sino porque sólo la satisfacción, justicia y santidad de Cristo son mi propia justicia delante de Dios, y que yo no puedo cumplir de otro modo que por la fe.

La *Confesión de Fe de Westminster* (XI:I) lo explica con estas palabras:

A quienes Dios llama de una manera eficaz, también justifica gratuitamente, no infundiendo justicia en ellos, sino perdonándoles sus pecados, y contando y aceptando su persona como justa; no por algo obrado en ellos o hecho por ellos, sino solamente por causa de Cristo; no por imputarles la fe misma, ni el acto de creer, ni ninguna otra obediencia evangélica como justicia, sino imputándoles la obediencia y satisfacción de Cristo; y ellos le reciben y descansan en Él y en su justicia, por la fe. Esta fe no la tienen de ellos mismos; es un don de Dios.

Somos salvos por gracia. El perdón es el acto misericordioso de Dios basado totalmente en lo que Jesús ha hecho. No hacemos nada para ganar nuestro perdón – no por nuestra fe y ciertamente no por nuestras obras. La fe es don de Dios, obrada en nosotros por el Espíritu de Dios a través del Evangelio; la obediencia es el fruto que le sigue. E incluso esa obediencia es imperfecta y viciada, manchada por el pecado, excepto que está cubierta por la justicia de Cristo y perdonada por medio de Su sangre (Sal. 143:2; Isa. 64:6; Rom. 7:18; 1 Ped. 2:5).

Conclusión

En el desaparecido siglo veinte, “el perdón de los pecados” casi desapareció del evangelio Norteamericano. En su lugar aparecieron ofertas de paz, aceptación y propósito. A los hombres se les prometió el amor de Dios y un lugar en el cielo. Pocas veces fueron llamados al arrepentimiento. Sin duda alguna esta clase de evangelismo era más suave y fácil de ser tragado por los pecadores; después de todo, no les recordaba a los pecadores que eran, de hecho, pecadores.

Pero el perdón de los pecados no es algo de menor importancia en el Evangelio. Los apóstoles sabían esto. Como leemos en los sermones del libro de los Hechos, encontramos a los apóstoles ofreciéndoles a sus audiencias al perdón de los pecados, la remisión de los pecados, el borrado de los pecados, y sí, incluso la justificación por la fe. Los apóstoles no sabían de ningún evangelio ni de ningún reino aparte del perdón de los pecados en Jesucristo.

Mientras comenzamos el siglo veintiuno, “el perdón de los pecados” se halla aún en peligro de ser descuidado, despreciado y redefinido. A menudo la justificación que se ofrece es la sensibilidad, la relevancia o incluso la unidad. Pero nada es más insensible, irrelevante o divisivo que un “evangelio” que deja a los pecadores revolcándose desesperadamente en sus pecados. El remedio para el pecado es el perdón divino. Todos los otros tratamientos apestan lo mismo que el infierno.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana Cornerstone (Piedra Angular) en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate, y sus tres hijos. Puede ser contactado en la dirección paul_ryland@hotmail.com